BIBLIOTECA DE MAYO

SAN MARTIN

POR

MANUEL F. MANTILLA

CABAUT Y Cía - Editores

3 1761 08171836 3

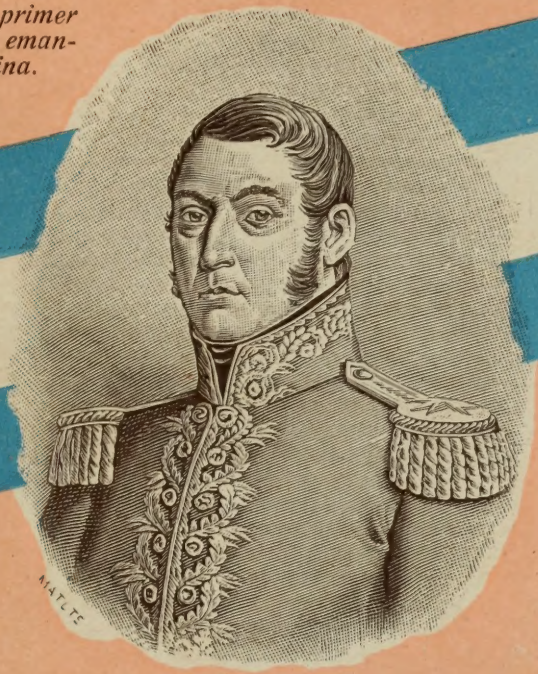
F
2235
.4
M35
1913

Mantilla, Manuel Florencio
San Martin

Para el arcanes capital
y cuidados del Ilmo

BIBLIOTECA DE MAYO

En homenaje al primer centenario de la emancipación Argentina.



"NUESTROS HOMBRES"

SAN MARTÍN

POR MANUEL F. MANTILLA

4.° millar

"LIBRERÍA DEL COLEGIO"
Alsina y Bolívar - Bs. Aires

CABAUT & Cía
EDITORES

BIBLIOTECA DE MAYO

(Nuestros hombres)

Van publicados:

Vol. I.... RIVADAVIA.
„ II... FRAY CAYETANO.
„ III. LAVALLE.
„ IV. SARMIENTO.
„ V... JUAN JOSÉ PASO.

Acaba de aparecer:

Vol. VI. - SAN MARTÍN.

Cada tomo de más de 150 páginas:

$ 0.50

EDITADA POR LA

"LIBRERIA DEL COLEGIO"

ALSINA Y BOLIVAR - BUENOS AIRES

De venta en todas las librerías de la República

SAN MARTÍN

Biblioteca de Mayo

Nuestro propósito.

Con esta Biblioteca hemos emprendido una obra cuya trascendencia no necesita de ponderación, puesto que nos proponemos difundir el conocimiento de nuestra historia, desmenuzándola en libritos de fácil lectura y muy poco precio.

Se sabe por todos que la República marcha a un espléndido porvenir, pero se ignora por muchos cuáles son los factores que en tiempos lejanos, han contribuído a su desarrollo y a su evolución.

Los próceres que conocemos son pocos; muchos de los militantes de Mayo están en olvido, y algunos de los que, ya organizada la República, o en vísperas de organizarse, dieron a la patria sus luces, yacen en el silencio. La gran historia no está hecha; una buena parte de sus páginas están vacías, reclaman el movimiento, la acción, la vida, y esto es lo que nosotros venimos a ensayar llamando a la inteligencia popular para que vaya poco a poco exhumando los héroes, los grandes caudillos, los geniales demócratas, los viriles pensadores, y haga de esta obra la obra de Mayo, que con motivo del gran Centenario, como homenaje a la primer etapa de vida secular e independiente, con espíritu patriótico intentamos.

Nuestro programa nada tiene de complejo. Todos los argentinos de relieve intelectual caben en el elenco de autores, y todos los que actuaron en el mundo de la libertad, de la política, de la oratoria, de la literatura, de la ciencia, de la industria, etc., pueden ser estudiados y colocados en el altar de la historia.

El sendero, pues, queda señalado, el surco abierto y sólo esperamos que a la invitación respondan los buenos, los sanos intelectuales del país.

LOS EDITORES.

BIBLIOTECA DE MAYO - "Nuestros hombres" - Tomo VI

SAN MARTÍN

POR

MANUEL F. MANTILLA

Prólogo y adaptación de ENRIQUE RICHARD LAVALLE

CUARTO MILLAR

BUENOS AIRES

CABAUT y Cía. - Editores
"Librería del Colegio" – Alsina y Bolívar

1913.

LIBRERIA SOPENA
CORDOBA 1130
ROSARIO DE SANTA FE

F
2235
.4
M35
1913

Un pueblo que no cultive con amor sus tradiciones y que no rodee de prestigio a los hombres ilustres que le han dado grandeza y gloria, irá perdiendo la conciencia de sí mismo y extinguiendo su personalidad.

LIBRARY
NOV 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DOS PALABRAS

Este análisis expositivo y crítico, fué escrito por el distinguido historiador Dr. Don Manuel F. Mantilla, como nota bibliográfica a la aparición de la Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana *del ilustre general Don Bartolomé Mitre.*

Obra de un raro mérito, este estudio nos presenta a San Martín en una forma interesantísima, al través de arduas controversias, en las que el talento del Dr. Mantilla, bien preparado para la tarea, hace brillar al héroe en todo el esplendor de su gloria. Mejor que una simple biografía, por que abarca mayores contornos, tiene el inapreciable mérito de la verdad comprobada, y el encanto de un estilo elegante y llano, que sin ser polémico, sabe al atractivo de la discusión.

El Dr. Don Manuel F. Mantilla, autor de varias obras de historia que le conquistaron una envidiable reputación de erudito historiador y distinguido literato, murió el año

1909, dejando una muy interesante producción que las generaciones jóvenes conocen imperfectamente.

La Biblioteca de Mayo, *en su patriótica tarea, solicitó autorización de los herederos para publicar este estudio, al que, para adaptarlo a su plan, ha sido necesario introducir modificaciones de escasa importancia, tales, como suprimir los capítulos I y XXII y agregarle, los antecedentes de la familia de San Martín, últimos años de su vida en Europa, y cuadro cronológico.*

Hecha esta salvedad en respeto al distinguido historiador, resta agradecer a sus gentiles herederos la deferencia, gracias a la que la Biblioteca de Mayo *se enriquece y sirve a la patria con una obra de mérito tan notable.*

ENRIQUE RICHARD LAVALLE.

I.

Nacimiento. — Familia. — Carrera militar en Europa. — Situación de la Revolución Argentina cuando San Martín se incorporó a ella. — La Logia de Láutaro. — Los Granaderos a caballo. — Innovaciones militares de San Martín. — Jefe del Ejército del Perú. — Su genio militar. — La táctica moderna y la guerra de los gauchos. — El *secreto* del Gran Capitán. — Retrato moral.

En el pueblo de Yapeyú, uno de los treinta centros poblados de las Misiones guaraníticas dependientes del gobierno de Buenos Aires, nació el 25 de Febrero de 1778 Don José de San Martín, hijo del administrador de aquel pueblo, el coronel español Don Juan de San Martín, y de Doña Gregoria Matorras.

Don Juan de San Martín, de familia noble, era un militar obscuro, sin grandes dotes de inteligencia; nombrado administrador de Yapeyú en una época en que el poder no era nada suave, supo hacerse estimar por su probidad y benevolencia. Años antes de trasladarse a Misiones contrajo enlace con Doña Gregoria Matorras, noble doncella hija del conquistador del Chaco.

Los primeros años de San Martín transcurrieron en el pueblo de su nacimiento, donde aprendió las primeras letras. En 1784 su familia vino a Buenos Aires, y en los dos años que permanecieron en esta ciudad, siguió aquel sus estudios de primeras letras en un colegio cuyo nombre se ignora.

En 1786 Don Juan de San Martín regresó con su familia a España, radicándose definitivamente en Madrid.

Desconocido y desvalido en su patria llega a ella el teniente coronel JOSÉ DE SAN MARTÍN el 19 de Marzo de 1812. Antes de cumplir 12 años de edad había dejado el «Seminario de nobles de Madrid» para ingresar en el Regimiento de *Murcia* en clase de cadete, con preparación escasa no solo por su corta edad como por la deficiencia del plan de estudios de aquel establecimiento. Militó en Africa contra los moros; en Aragón y Rosellón contra las legiones de la República Francesa; sirvió en la escuadra española del Mediterráneo a bordo de la fragata *Santa Dorotea*, que se batió en singular combate con el navío inglés *León*; hizo la campaña de Portugal en la guerra «de las naranjas»; tomó parte en la lucha por la independencia española, distinguiéndose por acción heróica en Arjonilla y hallándose sucesivamente en las batallas de Bailén (en cuya orden del día fué citado) Tudela y Albuera. Así se hizo hombre de guerra, en campañas y bajo el fuego, y aprendió la táctica de todas las armas y la estrategia de los grandes generales de la Europa.

Ese era el contingente inapreciable que trajo a la revolución de su patria, a más del genio desconocido anidado en su cerebro y de esta su profesión de fe política: «Un americano, republicano por principios e inclinación, pero que sacrifica esto mismo al bien de su suelo».

La revolución estaba en su período difícil. Los partidos del porvenir diseñados; el gobierno débil por los vicios de su organismo; los ejércitos sin generales, ni oficiales, ni tropas que merecieran ese título; las ideas sin fijeza en un objetivo claro; los elementos de la futura lucha social en agitación naciente, pero alarmante. De ello se penetró San Martín cuando estudió con serenidad el medio en que debía actuar; y, sin comprometer opiniones en asuntos de gobierno, no excusaba decir: «Las Provincias Unidas han combatido por causa que nadie conoce, sin bandera y sin principios declarados que explicasen el origen y tendencias de la insurrección: *preciso es que nos llamemos independientes para que nos conozcan y respeten.*»

Para dar un punto de apoyo a la política sustrayéndola a las fluctuaciones populares, desde su secundaria esfera de comandante del nuevo regimiento de *Granaderos a caballo* creó la *Logia de Láutaro*, asociación secreta en la cual se regimentaron en mecanismo supremo y dirigente todas las fuerzas políticas de inteligencia de la revolución: institución que en su época y después fué condenada por algunos bandos, pero que,

a pesar de cuanto en contra se haya escrito, «fué la gran máquina de la revolución y de la guerra» contra los realistas y «la defensa contra los peligros internos».

La Logia de Láutaro hizo triunfar la independencia. Con ella dió San Martín un propósito neto al movimiento de Mayo. «*Trabajar con sistema y plan en la independencia de América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia*» —era el objeto de la asociación —significaba la caducidad absoluta de los derechos de España a sus antiguas colonias y la aspiración de suplantar el régimen destruido con el de libertad en nuevos Estados soberanos.

Al par que dió a la política la institución de la Logia, creó también para la revolución «la escuela de táctica, de disciplina y de moral militar» de que carecía. La organización de los Granaderos a caballo sobre el sistema y táctica de la caballería francesa, la mejor de entónces, fué su punto de partida, y *San Lorenzo* su primera justificación; la reforma del Ejército del Perú y el plan de la defensa del territorio señalado a Güemes y a sus gauchos, su segunda exhibición; el Ejército de los Andes su gran obra.

En la formación de las tropas regulares y en las operaciones de la guerra era el representante de la alta escuela militar de la Europa; mas no por eso despreció ni descuidó los elementos propios y peculiares del país, que, con el ejemplo de la insurrección española, fueron perfectamente aprovechados y combinados con aquella para

la ejecución de sus planes estratégicos. Fué una novedad verle «presidir y cooperar con su experiencia y su ingenio a la insurrección de Salta», después de Vilcapujio y Ayohuma, en la guerra defensiva-ofensiva que el pueblo hizo a los realistas a garrote, bolas y lazo; y sin embargo, «era la iniciación de un nuevo sistema de hostilidades, con caractéres originales y medios propios, que produjo una campaña modelo en su género, única en la historia militar»; porque San Martín «sistemó esa guerra con su táctica, a la vez que dejó a las masas la espontaneidad y la libertad de sus movimientos».

Güemes tiene la gloria de la ejecución del plan de la *Guerra de los Gauchos* ideada y combinada por San Martín. Los resultados explicaron el por qué un general de su escuela dió entrada en sus combinaciones militares al elemento popular armado: el genio le había asignado un papel propio, cuyo desempeño salvó dos veces a la revolución. San Martín dejó asi la huella imborrable de su personalidad hasta en la guerra irregular, en la que se mostró tan hábil como cuando realizaba en el terreno las batallas resueltas en su gabinete de cálculos matemáticos.

El comando del Ejército del Perú fué, como ya lo hemos dicho, su exhibición en primera línea. Hasta entónces (principios de 1814) se había sustraido con estudio a todo, concretándose al cumplimiento de los deberes de su posición secundaria; pero su conducta discreta no impidió que los envi-

diosos le mirasen con recelo y que los de ambición febril, como Alvear, le hicieran guerra sorda, pues a través de su reserva y de su indiferentismo hacia su elevación personal, veían en él un hombre de pensamiento y de acción capaz de ir muy lejos.

No se había probado, sin embargo, por falta de ocasión; su triunfo de San Lorenzo fué simplemente una formidable carga de caballería: triunfo parcial de la disciplina y del valor. La prueba lo esperaba en el Ejército del Perú, derrotado y desmoralizado, a cuyo frente se habían desacreditado los primeros generales improvisados por la revolución. Al hacerse cargo de él se halló con que no tenía oficiales capaces de ejecutar un plan militar, a más de que le eran «absolutamente desconocidos los habitantes del territorio, sus costumbres y relaciones, la topografía del terreno: conocimientos, decía, de absoluta necesidad para la guerra». ¡Y los realistas avanzaban sobre las provincias del norte con un ejército victorioso de 5000 veteranos!

Su talento proveyó a todo satisfactoriamente; pues a la vez que organizó el ejército sujetándolo a la táctica moderna — «que hasta entónces no conocíamos», dice el general Paz — dirigió las operaciones militares de defensiva y ofensiva combinadas como no se había visto aún en América en el arte hasta entónces no escrito de la guerra irregular; obteniendo por resultado la liberación del territorio y la formación de un ejército disciplinado debidamente.

A pesar de su éxito, San Martín no se encontró bien al frente del Ejército del Perú. «Con su genio concreto y su espíritu de cálculo, dióse cuenta de las causas de las victorias y de las derrotas de los ejércitos patriotas y realistas en el campo en que hasta entónces se había circunscrito la guerra del norte y descubrió por la observación una ley experimental del choque de las fuerzas vivas de las milicias desenvueltas por la revolución.

Al medir las distancias, estimar los obstáculos, determinar los objetivos finales y probar el temple de los instrumentos de combate, había comprendido que no era ese el camino estratégico de la revolución sud-americana, y que la lucha se prolongaría estéril e indefinidamente mientras sus condiciones y bases no se variasen». Por eso decía reservadamente a Rodríguez Peña con fecha 22 de abril de 1814: «No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en esta: no haré nada y nada me gusta aquí. *La Patria no hará camino por este lado del norte* que no sea una guerra defensiva y nada más; para eso bastan los valerosos gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa es empeñarse en echar al pozo airón hombres y dinero. Ya le he dicho a Vd. mi SECRETO: un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar

a Lima. Ése es el camino, no éste. Convénzase: hasta que no entremos a Lima la guerra no se acabará.»

«Esta concepción, que en 1814 era un secreto y habría acreditado a su autor de loco a haberse difundido, es — dice el general Mitre — la que ha asignado a San Martín su puesto en la historia del mundo, y que en definitiva cambió los destinos de la Revolución de la América del Sud.»

El quebranto de su salud, producido por el excesivo trabajo, asumió caracteres alarmantes a punto de que varios facultativos auguraban su próxima muerte si no daba tregua a sus tareas; en vista de lo cual solicitó su reemplazo y, privadamente, para cuando se restableciera, la Intendencia de Cuyo. El mal real, que en su tiempo se reputó fingimiento suyo, cuadró admirablemente a sus designios secretos y trascendentales, alejándole del teatro que reputaba ingrato para ponerle en el que anhelaba, oscurecido y olvidado en el concepto de todos, pero en mejores condiciones que nunca para la realización de su ideal.

El 10 de agosto de 1814 fué nombrado gobernador intendente de Cuyo. «Desde entónces solo vivió para su idea. En Mendoza estaba en el punto matemático previsto para la realización de sus planes, en el suelo donde haría brotar los recursos y las legiones que libertarían a la América. Su descenso era la primera etapa de una gran campaña continental desde la zona templada hasta el Ecuador, a través de

llanos, montañas y mares, sin un solo día de tregua en siete años consecutivos.»

En aquel momento de la vida de San Martín, le pinta así el general Mitre, concretando sus hechos: «Era relativamente un general oscuro con un secreto más oscuro aún en su cabeza, pero ya se habían formado los rasgos fundamentales de su carácter. Estaba revelado su genio concreto de acción deliberada, seguro en el cálculo y preciso en la ejecución. El metódico organizador y el consumado táctico en las pequeñas y grandes maniobras se había probado, presagiando al estratégico. Habíase mostrado sagaz diplomático-militar, ingenioso y fecundo en estratagemas, con rara penetración para utilizar las cualidades de los amigos y engañar a los enemigos explotando sus tendencias. El temperamento revolucionario del criollo de pasión innata, que convierte en fuerza las pasiones colectivas, dominando las suyas propias, se revelaba en sus manifestaciones espontáneas. Su moral política era la del hombre de acción que persigue un fin determinado, con eficientes medios adecuados, sin escrúpulos de conciencia ante la razón de estado de su causa. Político por instinto, todo lo pospone a la idea de la independencia hasta ser indiferente en punto a forma de gobierno. Reservado, taciturno, enigmático, el misterio que empieza a envolverlo en vida se prolongará más allá de su tumba. Sin patriotismo exclusivo, con un sentimiento americano de amor a la libertad y odio a los opresores, formado lejos de

la tierra natal; con un temperamento frío y un alma intensamente apasionada, una modestia sistemática y un desinterés real, tenía la severa ecuanimidad y llenaba las condiciones de un libertador de pueblos diversos cuya espontaneidad no violentaría».

II.

San Martín, intendente de Cuyo. — Pérdida de Chile y desastre de Sipe-Sipe. — Confraternidad argentino-chilena. — Estado crítico de la revolución. — San Martín hace público su secreto. — Orígenes del «Ejército de los Andes». — Contrariedades que sufre y vence San Martín. — El Congreso de Tucumán. — Revelación del plan de la campaña continental. — Idea del paso de los Andes. — Cuadros del futuro ejército chileno. — La «guerra de zapa». — Patriotismo chileno.

Mientras San Martín daba principio en Mendoza al desarrollo del plan de creaciones que necesitaba cumplir para levantar un ejército invencible en una gobernación pobre, de pocos habitantes y de organización social y política rudimentaria, fué vencida la revolución chilena y de nuevo dominado el país por las armas realistas. Los restos de patriotas salvados con sus caudillos principales pasaron al territorio argentino en masa informe. Las discordias intestinas, más, tal vez, que la fuerza militar del enemigo, produjeron aquel resultado fatal, que fué un estímulo nuevo para avivar en San Martín el fuego oculto que devoraba su alma.

Aunque desemejantes en más de un punto de vista fundamental, las Provincias

Unidas y Chile habían sido en el tiempo corrido de la revolución dos pueblos que coincideron en aspiraciones y tendencias: surgiendo de allí vínculos de fraternidad que se estrecharon por el recíproco concurso prestado en sosten de las ideas que les eran comunes. De hecho fueron aliados desde que el «ejemplo de los argentinos, pasando los empinados Andes, recordó a los chilenos la esclavitud en que vivían», como decía el chileno doctor Mardones: desde que el Cabildo patriota de Santiago «se prometió perpetuar la revolución estrechando su relación con las Provincias Unidas para añadir a los recursos que preparaba contra cualquiera invasión, las luces y auxilios de la inmortal Buenos Aires».

No hubo pacto expreso, pero lo suplieron declaraciones solemnes y una solidaridad completa de hechos.

El partido carrerino fué el que dió la nota discordante en aquel concierto, atribuyendo a los argentinos propósitos de dominación política, sin perjuicio de que, cuando por sus errores y excesos se perdió la revolución chilena, recordara que los dos pueblos eran hermanos y que la alta política consistía en la estrecha vinculación de su acción y sus destinos. Esa semilla, que pareció extinguida durante el nuevo cautiverio de Chile, germinó a la sombra de la libertad conquistada por San Martín, y más de un conflicto nació de ella y más de un drama sangriento tuvo en ella origen.

El desastroso fin temporal de la revolu-

ción chilena, al crear nuevos peligros a la Argentina por sus fronteras andinas, abrió camino natural a la iniciación visible del gran plan de San Martín, y él supo hacer concurrir a la realización de su sueño todas las fuerzas, por nimias que fuesen, que pudo manejar desde el oscuro rincón de su aparente retiro. Para defenderse de una invasión de los realistas de Chile, necesitaba organizar tropas; y de tenerlas a su satisfacción y ejecutar en el terreno su concepción gigante, mediaba un paso.

La exaltación de Alvear al gobierno hubo de comprometer la situación de San Martín, que, a pesar de su alejamiento de la escena política y del gran foco de ella, Buenos Aires, era la luz que el jóven vencedor de Montevideo temía dejara sin brillo su estrella; momento hubo en que Alvear, instigado por José Miguel Carrera, pensó separarlo de la Intendencia de Cuyo, con lo que habría tal vez fallado para siempre la campaña continental en que — como se ha dicho — el caballo de guerra del criollo misionero recorrió en la tierra más espacios que el de Alejandro. La energía del pueblo mendocino hábilmente inspirado por San Martín, y quizás manejado por él en aquella ocasión, conjuró el peligro; y la caída de Alvear lo alejó para siempre.

Afianzado en su puesto y consagrado a la preparación de su empresa, otra catástrofe menor que la chilena, pero de profunda repercusión desalentadora en el país, vino en apoyo de su admirable concepción. El Ejér-

cito del Perú había sido derrotado y destruido en Sipe-Sipe. La consternación general se aproximaba un tanto al pavor; no se contaba con más fuerzas que las escasas de Mendoza, y el desquicio interno encabezado por Artigas tomaba creces, y los realistas celebraban su victoria como definitiva.

«Fué entónces cuando San Martín, viendo por siempre cerrado el camino militar que había declarado de antemano imposible para llegar a Lima, en medio del pavor general que sobrecogía a todos los ánimos, invitó a todos sus oficiales a un banquete, en el que se le vió franco y risueño como nunca, y a los postres púsose de pié y con voz entonada, en que vibraba la convicción, propuso un brindis general: «POR LA PRIMERA BALA QUE SE DISPARE CONTRA LOS OPRESORES DE CHILE DEL OTRO LADO DE LOS ANDES». «Desde aquel momento el paso de los Andes y la reconquista de Chile dejó de ser una idea y empezó a ser un hecho visible». La revelación del genio hizo olvidar a Sipe-Sipe, presagiando el alborozo de los corazones la marcha triunfal de las legiones libertadoras desde Mendoza hasta la línea del Ecuador.

Cómo creó San Martín el Ejército de los Andes sacando de la nada todo, es una admirable historia que el general Mitre ha tratado con novedad. «Administrador, guerrero, diplomático-político que hace brotar tesoros y legiones del suelo que pisa, coordina elementos contados, disciplina voluntades, San Martín realizó prácticamente

una autopía de cooperación económico-militar que la ciencia no había explicado aún, cual es la de desarrollar el *máximum* de potencia de una sociedad haciendo dar a los hombres y a las cosas todo lo que podían dar de sí, a fin de llevar a cabo un propósito preconcebido, produciendo resultados eficientes, y esto, sin agotar las fuentes productivas, sin desperdicio de fuerzas, y haciendo concurrir a todos a su obra, de buena voluntad o violentándolos, inoculándoles su convicción e identificándose con ellos. Su actividad, como la de los corredores de raza, se manifestaba con aparente lentitud, pero uniformemente, por movimientos rítmicos, cortos, seguidos y repetidos sin interrupción; así es que abrazaba todas las esferas de su pequeño dominio.»

Lejos de su teatro y más lejos aún de la profundidad de sus vistas, era mal juzgado y hasta calumniado; pero él no desviaba su camino ni tomaba cuenta de la maledicencia: «todo es necesario que sufra el hombre público — decía — para que esta Nación llegue a su puerto». Soportando con estoicismo la injusticia y trabajando e inventando siempre recursos y elementos formó la máquina de guerra con que tenía resuelto cambiar la faz militar de la Revolución Argentina.

El Ejército de los Andes es una de las creaciones más extraordinarias de la historia militar. Jamás se combinó más armónicamente el automatismo del soldado con la espontaneidad humana, para producir

el *máximum* del esfuerzo de la masa, combinando proporcionalmente la fuerza moral y material a fin de que respondiese siempre a los objetos políticos y militares y a la misión redentora del ordenador que lo manejaba.»

Para llegar a ese resultado tuvo San Martín que luchar con todo linaje de dificultades, muchas de las cuales parecían imposibles verdaderos, desde la escala ínfima del más pequeño útil necesario al soldado hasta el conjunto de recursos indispensables para una dilatada campaña en tierras extrañas y lejanas; y, al par de las de esa clase, con todos los contratiempos, incredulidades, fluctuaciones, resistencias e indecisiones opuestas a su concepción a causa de la movilidad de los gobiernos y de la apurada situación política y económica del país.

Los progresos de su creación militar marcharon paralelamente con los adelantos que hacía su gran plan en la opinión y conciencia de los gobernantes cuya aquiescencia necesitaba para obrar y cuyo concurso le era indispensable; viéndose él, así, obligado a dirijir una admirable red de complicadas combinaciones que a un mismo tiempo operaban en Cuyo, en Buenos Aires y en Tucumán, asiento del Congreso, para traer a políticos, pueblos y gobiernos a la solución que perseguía.

La declaración de la independencia de las Provincias Unidas, que San Martín anheló y pidió desde que regresó a su patria, y que, cuando fué hecha, calificó alborozado

de «golpe magistral», así como el directorio de Pueyrredón, — sucesos en cuya producción tuvo parte principal el gobernador de Cuyo, — despejaron el horizonte con la creación oficial del Ejército de los Andes y la aceptación definitiva del plan de la reconquista de Chile formulado por San Martín el 29 de febrero de 1816. Desde entónces tomaron las cosas un desarrollo relativamente fácil, y el guerrero se reputó triunfante.

Materia ha sido de erudita discusión histórica el origen y paternidad de la idea del paso de los Andes. El general Mitre consagra al punto un capítulo nutrido de documentación y demuestra que dicha concepción es exclusiva de San Martín.

El la expuso confidencialmente el 22 de abril de 1814; la manifestó a las autoridades chilenas de Huasco en noviembre del mismo año; la presentó al gobierno con un plan de campaña a los principios de 1815; la explanó, «dando la última palabra en la cuestión», el 1° de junio de 1815, al evacuar el informe que le pidió el gobierno sobre un descabellado plan de reconquista de Chile presentado por Carrera; insistió en ella en setiembre del mismo año; envió un comisionado especial a proponerla al Director del Estado en diciembre del mencionado; y, finalmente, desenvolvió su gran plan de campaña en oficio reservado de 29 de febrero de 1816.

«El grado de evidencia a que, así, llegó el proyecto de reconquistar a Chile, debiose exclusivamente a San Martín, que lo había

concebido dos años antes y sostenídolo preparando los medios para realizarlo en lucha con el descreimiento de unos, con la mala voluntad de otros, los errores y preocupaciones de muchos y las resistencias ciegas de todos, hasta imponerlo en nombre de la necesidad. Nadie había formulado en tal sentido, ni determinado con tan claras vistas sus grandes consecuencias americanas».

«El primer expositor y propagador de esta idea, puede decirse su heraldo—dice el general Mitre — fué don Tomás Guido. En los primeros días de mayo de 1816 confeccionó una memoria valiéndose de los datos oficiales y confidenciales de que era poseedor, en la que se daba forma ordenada y atractiva a las confidencias y planes de San Martín».

También ha sido materia de afirmaciones contradictorias la composición del Ejército de los Andes. Varios escritores chilenos pretenden que no fué esencialmente argentino por sus fuerzas, sino de aliados. Se confunden hechos muy distintos al pensar así, o bien se sacrifica mucho al egoismo nacional.

Los emigrados chilenos ingresaron por excepción en las filas del Ejército de los Andes; los veteranos como los reclutas con que se formó fueron argentinos, como fué su bandera y su espíritu. Mas como en el plan de campaña continental de San Martín y ante el respeto que, a pesar de sus victorias, debía siempre inspirarle la vida independiente de Chile restaurado, era de impres-

cindible necesidad proveer con tiempo a la organización del futuro ejército aliado con los elementos propios del país que debía darlo, cuidando de asegurar desde un principio la unidad de táctica de toda la masa destinada a operar bajo su mando, nombró una comisión de notables chilenos para que organizara los *cuadros* de dos regimientos de infantería, de un batallón de artillería y de un regimiento de caballería, con facultad de expedir despachos provisorios, y formó a las órdenes de Freyre y Portus una *partida* volante de dragones. Aquella fué la planta del futuro ejército de Chile, simple armazón rudimentario de un organismo que la victoria crearía, y no, como se ha pretendido, fuerza regular que representó en el ejército a Chile en calidad de aliado.

Otro fué el concurso de los chilenos para la empresa de San Martín, antes del paso de los Andes: el patriotismo y decisión con que prepararon en su propio territorio, bajo la tiranía realista, el teatro del futuro libertador sirviendo admirablemente a los designios de este en la «guerra de zapa», que con eximia astucia hizo al enemigo desde Mendoza, y aún procediendo ellos mismos de cuenta propia.

Esa faz interesantísima del período de elaboración de los elementos de la gran campaña continental, es una de las singularidades de la vida de San Martín que más de relieve pone sus altas dotes político-militares; y es justicia declarar que los chilenos supieron corresponder a ellas. La «guerra de za-

pa» (así llamada por San Martín) fué una combinación político-militar desarrollada en vasta escala bajo el más riguroso secreto, con el objeto de levantar el espíritu nacional chileno, minar el poder de los realistas, compulsar sus elementos de guerra, estudiar el territorio, promover insurrecciones, tener al enemigo en constante engaño y descubrirle sus más secretos proyectos.

«Difícilmente se encontrará en la vida de los grandes capitanes — dice el general Mitre — una lección más llena de enseñanza sobre este complicado y original género de hostilidades». San Martín, jugó como quiso con los realistas, a punto de haberse servido del mismo general Osorio y del presidente Marcó por habilísimos expedientes. Así llegó a ser dueño de Chile antes de pisar su territorio.

III.

Composición del «Ejército de los Andes".—Creaciones de San Martín. — Plan de la campaña sobre Chile. — El ejército independiente atraviesa los Andes. — Superioridad de esta operación sobre la de Aníbal, Bonaparte y Bolívar.

A los principios de 1817 todo estaba listo en el Ejército de los Andes; «cuanto la ciencia, la experiencia y la previsión humana podían alcanzar, estaba arreglado: no faltaba ni un hombre en las filas ni un clavo en las herraduras. Solo faltaba la señal de marcha. Constaba de un regimiento de infantería (n° 11) y tres batallones de la misma arma (1° de Cazadores, n.os 7 y 8) al respectivo mando del coronel Juan Gregorio de Las Heras y de los comandantes Rudecindo de Alvarado, Pedro Conde y Ambrosio Cramer, un regimiento de caballería (Granaderos a caballo) de cuatro escuadrones, al mando del coronel José Matías Zapiola y de los jefes de escuadrón Manuel Escalada, José Melian, Mariano Necochea y Nicasio Ramayo; un batallón de artillería (n° 3) con diez piezas de batalla, dos obuses de seis pulgadas y nueve piezas de montaña, de a 4, al mando del teniente coronel Pedro Regalado de la Plaza; una compañía de zapadores,

operarios del parque y conductores de víveres; un pequeño estado mayor. El total ascendía a 4000 combatientes. La bandera CELESTE y BLANCA del ejército estaba confiada a una mitad de los Granaderos a caballo; había sido bordada por la señora Dolores Prast de Huici (chilena) y las señoritas Mercedes Alvarez, Margarita Corvalan y Laureana Ferrari (argentinas), y solemnemente jurada el 5 de enero de 1817.

«No es la oposición que me puedan hacer los enemigos lo que no me deja dormir, sino el atravesar estos inmensos montes», decía San Martín a su íntimo amigo Tomás Guido el 14 de junio de 1816. El genio no se arredraba; pero se daba cuenta del inmenso esfuerzo que necesitaba hacer para escalar con éxito la inmensa cordillera de los Andes.

Era el tercer ejemplo en la historia humana que un guerrero tenía que trasportar su ejército a través de montañas cuyas cimas alcanzan a 3600 metros sobre el nivel del mar, para llevar la ofensiva sobre el enemigo preparado a recibirlo. Solo Aníbal y Bonaparte habían osado a tanto, con menos obstáculos y mejores recursos. Cada detalle era un serio problema, y sin resolver todos con exactitud matemática no se podía iniciar la solución de hecho de los innumerables que las montañas imponentes y aterradoras opondrían al movimiento regular y feliz de todo el ejército con su tren de guerra a través de los boquetes de estrechas, empinadas y caracoladas sendas, que corren al borde de inmensos precipicios, de

obstáculos caprichosos que en varias partes hacen más difíciles esos ingratos senderos, de las sucesivas cumbres con sus fríos intensos y sus tempestades no estudiadas e imprevistas; movimiento que, a su vez, debía combinarse con la solución teórica y la ejecución de problemas estratégicos cuya resultante debía ser la seguridad de la victoria.

Con razón no dormía San Martín! Pera sus noches de insomnio fueron para la emancipación americana lo que los días genesíacos para la creación bíblica del mundo. «Si alguna vez el cálculo y la previsión al servicio de la inspiración y la observación subordinadas al método, presidió a una gran empresa militar, fué ciertamente entónces, y la historia no presenta un paso de montaña más perfectamente combinado y más admirablemente ejecutado, como lo han reconocido los escritores especiales de las naciones más adelantadas y hasta los mismos enemigos».

Todas aquellas combinaciones respondían al siguiente plan militar: «Cortar por el centro las fuerzas enemigas divididas, cargar sobre el grueso de ellas y apoderarse inmediatamente de la capital de Chile, terminando así la campaña de un solo golpe,»

Los realistas habían cometido el error, inducidos por la astucia de San Martín, de diseminar sus tropas para resguardar todos los pasos de la cordillera; más como podían operar la concentración de ellas mientras el Ejército de los Andes trasmontaba la cordillera, conociendo cual era el punto ame-

nazado, el éxito de los libertadores dependía de la ocultación de sus movimientos estratégicos.

A pesar de sus reservas y de sus inspiradas invenciones, el general argentino no podía garantir el resultado de ellas, por cuya razón decía a don Tomás Guido: «Las medidas están tomadas para ocultar al enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos deja poner el pié en el llano, la cosa está asegurada. Haremos cuanto se pueda por salir bien, pues si no todo se lo lleva el diablo».

Después del paso de los Andes, la ocupación feliz de los valles de Aconcagua y Putaendo, situados entre la cordillera andina y la sierra de Chacabuco, era el anhelo desesperante de su alma; pero, como aquel, también cayó bajo el dominio de su genio. Más prolijo y más exacto en sus cálculos estratégicos que Bonaparte antes de atravesar el San Bernardo, San Martín llevó su previsión hasta determinar el lugar y el día en que daría la batalla sobre una línea amenazada simultáneamente por sus fuerzas en una extensión de 2100 kilómetros.

He aquí cómo se desarrolló en el terreno el producto de sus combinaciones y cálculos matemáticos. Casi seguro de haber hecho creer al enemigo que la invasión se realizaría por el sur, dispuso San Martín su gran línea de ataque en la forma siguiente: una división ligera de sesenta infantes de línea, ochenta milicianos de San Juan y una pe-

queña legión de chilenos, al mando del teniente coronel Juan Manuel Cabot, debía salir de San Juan, pasar la montaña por el Portezuelo y apoderarse de Coquimbo, al mismo tiempo que un destacamento de milicias riojanas atravesase la cordillera en Vinchina para ocupar a Copiapó y Huasco; otra división, al mando del capitan Ramón Freyre (chileno), compuesta de cien infantes de línea, veinticinco granaderos a caballo y una compañía de emigrados chilenos, debía penetrar en los Andes por el Planchón para operar en protección de los guerrilleros chilenos que la *guerra de zapa* había levantado, movimiento que debía ser apoyado apareciendo por el Portillo, sin avanzar, la guarnición del fuerte mendocino San Carlos.

Estas dos divisiones eran, no solo para el objeto a que se destinaban expresamente, sí que también para desorientar al enemigo mientras el grueso del ejército avanzase en este orden: la división de vanguardia, compuesta de las tres armas y con elementos completos para subsistir sola, a las órdenes del Jefe de Estado Mayor, general Miguel Estanislao Soler, y la de reserva, en las mismas condiciones, debían atravesar la cordillera por el boquete de los Patos, marchando las tropas escalonadas y las divisiones a una jornada de distancia entre ellas; otra división, al mando de Las Heras, la artillería pesada, parque y cuartel general debían tomar el boquete de Uspallata, al sur del anterior, el de sendas menos malas para los grandes pesos y bultos.

El camino de los Patos, el más largo, llevaría el grueso del ejército al Valle de Putaendo, a través del estrecho paso de Achupallas, y el de Uspallata a la división Las Heras al Valle de Aconcagua, separado de aquel por un crestón salvable de montañas. «Según estas disposiciones, la división que marchase por Uspallata sería la primera en encontrarse con el enemigo por frente, mientras las otras hacían sus jornadas, a cuya terminación se hallarían a retaguardia de aquél».

Si los realistas, atacados así alternativa o simultáneamente, intentasen dar frente al oeste o al norte, la columna de Uspallata los cargaría por retaguardia, en el primer caso, o quedarían flanqueados por ambas columnas invasoras, en el segundo. De todos modos, no tendrían más repliegue que la sierra de Chacabuco, al sur, operándose entonces libremente la concentración del ejército invasor en el llano occidental, dentro del valle, que era una verdadera ciudadela para los invasores.

Desde el 12 al 25 de enero de 1817 se puso en movimiento la extensa línea independiente; llevando cada jefe de destacamento y división instrucciones escritas detalladísimas. El ejército marchaba en mulas, no tanto por reservar los caballos (que eran 1600) para las batallas, cuanto porque la mula es más diestra y fuerte en la montaña; los cañones desmontados, envueltos con pieles de carnero y forro exterior de cuero con agarraderas, iban en zorras angostas de inven-

ción de fray Luis Beltran, y a lomo de mula donde las zorras no cabían; dos anclotes y gruesos cables constituían la maquinaria destinada a elevar los bultos y pesos en las alturas; harina de maíz tostado, galleta y charqui molido con grasa, eran los víveres; vino (a razón de una botella por hombre), aguardiente, cebollas y ajos, eran los fortalecientes y antídotos contra el frío de la cordillera; 600 reses, la reserva para la alimentación; maíz y cebada, el forraje para las cabalgaduras.

San Martín no disponía de la plata que Bonaparte derramó a manos llenas para conseguir el poderoso auxilio de los montañeses alpinos, ni le habría servido, de tenerla, porque no había gente de esa clase que utilizar; todo tuvo que hacerlo sólo el ejército mismo para atravesar montañas incomparablemente estériles, de senderos dificilísimos como ninguna y con el enemigo al frente que defendía las salidas a Chile. Por las *diez* leguas sin camino carretero practicable que las legiones francesas hicieron al trasmontar los Alpes, el Ejército de los Andes hizo *toda* su jornada por sendas tan solo practicables para mulas arrieras, sin descanso en todo el trayecto y sin refugio en ninguna parte.

Grupos de zapadores desmontaban los caminos a la cabeza de las columnas, y por las laderas angostas caminaban los libertadores entre precipicios y paredes graníticas, a través de desfiladeros y cimas escarpadas al paso uniforme de las mulas, trepando

altura tras altura por escalones dificilísimos, y tras de ellos la artillería y el parque adelantaban camino con trabajo indescriptible, pero de éxito feliz, merced a la habilidad de fray Luis Beltran y los anclotes que servían de punto de apoyo para izar los cañones y montajes.

Cuando la división de reserva ascendía la cuesta de Valle Hermoso para alcanzar la alta cumbre de la montaña andina, una horrenda tempestad de granizo detuvo su marcha bajo una temperatura de *seis* grados centígrados; al emprenderla de nuevo, las charangas de los batallones tocaron el Himno Argentino como un reto lanzado a la cordillera airada de verse por primera vez hollada por planta de guerreros. Aquel fué el único contratiempo pasajero sufrido; pues aunque el intenso frío de las noches y el enrarecimiento del aire, que produce la *puna*, causaron algun daño en la tropa, fué éste insignificante, debido a la manera cómo se hacían las marchas y a la provisión de cebollas y ajos de cada soldado.

La división de Las Heras, destinada a llamar la atención del enemigo por el Valle de Aconcagua, recorrió 337 kilómetros hasta Santa Rosa; y las de vanguardia y reserva, que tenían el principal papel en la operación estratégica, describieron en su marcha una curva de 545 kilómetros de extensión hasta San Antonio de Putaendo.

Ningun ejército ha salvado más extensa y más alta cordillera que el de los Andes, ni general alguno combinó y ejecutó con

más felicidad y exactitud un prodigio militar semejante. Con sobrada razón decía Juan García del Río que «el paso de los Alpes por Aníbal y Bonaparte no merece entrar en paralelo con el de los Andes».

Un incidente militar hubo de comprometer el resultado de la campaña. En el plan de ella estaba todo minuciosamente calculado, de modo que la supresión de un término podía ser fatal.

Desembocando Las Heras y Soler en el mismo día en los valles de Aconcagua y Putaendo, era seguro el éxito; «la cosa está asegurada si ponemos el pié en el llano», había dicho San Martín a Guido. Para ello, el secreto del punto atacado era capital. Pero coincidió con la marcha de la división de Las Heras el haber desprendido el coronel realista Alero una descubierta por el camino de Uspallata para reconocer el estado del terreno e internarse hasta donde pudiese en busca de informes sobre los movimientos de los patriotas. Dicho destacamento se encontró y peleó con la vanguardia de Las Heras en Picheuta y Potrerillo, siendo derrotado, y sus dispersos llevaron la noticia de la invasión a una columna de 1000 hombres que Marcó había situado en el Valle de Aconcagua.

«Este accidente no previsto podía cambiar la faz de la campaña. El enemigo podía ocupar alguno de los desfiladeros de los dos caminos del llano antes que el grueso del ejército argentino lo dominase, y con un batallón detener su marcha calculada.

La cuestión era de horas. Si las columnas libertadoras no salían al valle el día fijado y operaban su reunión, el enemigo podía acudir con toda su fuerza, reconcentrándola sobre el punto o los puntos ocupados, y la combinación estaba malograda. El General de los Andes modificó su plan en el terreno. En el acto de recibir el parte del suceso, dispuso que el ejército continuara su marcha y que el Mayor de ingenieros Arcos se adelantase rápidamente con 200 hombres a ocupar y fortificarse en la garganta de Achupallas, batiendo a la fuerza que allí encontrase, a fin de dar tiempo a las columnas para llegar a la planicie».

La operación fué ejecutada con rapidez y éxito completo, tocando al entónces teniente Juan Lavalle el honor principal de la jornada. El triunfo de las Coimas y el de Santa Rosa aseguraron definitivamente la ejecución del plan estratégico de San Martín; y el día fijado por éste en Mendoza, (8 de febrero), el Ejército de los Andes hacía su reconcentración en el anhelado valle, y, al sur y al norte de Chile, Cabot y Freyre daban cima a sus respectivas operaciones. El sueño de San Martín era una realidad.

«El tránsito sólo de la sierra — decía el general al gobierno — ha sido un triunfo, moviéndose la mole de un ejército con las subsistencias para casi un mes, armamento, municiones y demás adherentes por un camino de *cien leguas*, cruzando eminencias escarpadas, desfiladeros, travesías, profun-

das angosturas, y cortado por cuatro cordilleras donde lo fragoso del suelo se disputa con la rigidez de la temperatura; pero si vencerla ha sido una victoria, no lo es menos haber cooperado a escarmentar al enemigo».

Fué más que una victoria: fué un prodigio único en la historia militar. «El paso de los Andes es, como operación estratégica un compuesto de atrevimiento, de observación y de cálculo, que en su conjunto asombra, y analizado admira por lo concreto de su concepción y la exactitud de su ejecución». Superior al paso de los Alpes por Aníbal «por las mayores dificultades vencidas y por el éxito de sus proyecciones continentales»; superior al «famoso paso del Saint Jean por Bonaparte, porque San Martín no cometió ninguno de los errores técnicos, estratégicos o tácticos del gran maestro, ni en los medios de conducción de su material, ni en el paso de la montaña, ni en la distribución o concentración de sus tropas»; superior al paso de los Andes ecuatoriales por Bolívar, porque le antecedió y le sirvió de modelo, sin ser igualado en la estrategia; sin rival, en fin, en su conjunto como en sus detalles, por los elementos con que fué ejecutado y por la magnitud de los obstáculos superados, el paso de los Andes han sido calificado de *admirable* por los escritores militares de la escuela del gran Federico y de *monumento de gloria inmortal* por el general español marqués de Duero. La obra del general Mitre lo exhibe en su

verdadera luz, palideciendo al lado de sus páginas las que la historia consagra a Bonaparte y Aníbal.

«Si el paso de los Andes se compara como una victoria humana con los de Aníbal y Bonaparte, movido el uno por la venganza y la codicia y el otro por la ambición, la empresa de San Martín es más trascendental en el orden de los destinos humanos, porque tenía por objeto y por móvil la independencia y la libertad de un mundo, cuya gloria ha sido y será más fecunda en los tiempos que las estériles jornadas de Trebia y de Marengo. El único paso de montaña comparable bajo este aspecto con el de los Andes meridionales, aunque sea una de sus consecuencias, es el de Bolívar, dos años después, a la vez de los Andes ecuatoriales; pero corresponde especialmente a San Martín la gloria inicial de haber dado con su paso de los Andes la primera gran señal de la guerra ofensiva en la lucha por la emancipación americana y la exclusiva de las admirables previsiones y de la correcta regularidad de las combinaciones estratégicas, legando a la historia militar del nuevo y viejo mundo la lección más acabada en su género».

IV.

Batalla de *Chacabuco*. — Supuesta gloria de O'Higgins. — Restauración de la República Chilena. — Magnanimidad argentina. — Injusticia de algunos escritores chilenos. — O'Higgins. — Alianza argentino-chilena. — Espedición sobre Lima.

La batalla de Chacabuco, victoria alcanzada cuatro días después de ocupar San Martín el Valle de Aconcagua, fué la coronación de la primera jornada de la campaña continental del libertador argentino. «Al Ejército de los Andes queda la gloria de decir — decía San Martín al gobierno, dando cuenta de ella — EN VEINTICUATRO DÍAS HEMOS HECHO LA CAMPAÑA, PASAMOS LAS CORDILLERAS MÁS ELEVADAS DEL GLOBO, CONCLUIMOS CON LOS TIRANOS Y DIMOS LIBERTAD A CHILE». Aquel golpe mortal asestado a los realistas era un «resultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión: la batalla estaba ganada antes que los soldados la dieran; fué una sorpresa a la luz del día en que nada se fió al acaso, respondiendo a un plan metódico en que estaban contados los días y los resultados previstos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden, tiene la originalidad de un plan que se adap-

ta a un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, a la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución. Puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio».

Lejos están de la verdad los que han atribuido a O'Higgins una acción decisiva en Chacabuco, llegando algunos hasta hacerle autor del triunfo. Sin desmerecer la figura de dicho general, puede decirse en justicia que no tenía cabeza de guerrero por más que le sobrara intrepidez, limitación intelectual de que dió palmaria prueba en la batalla, pretendiendo reemplazar con una carga valerosa la combinación estratégica que San Martín le confiara, faltando así a su deber y comprometiendo el plan de la batalla, que, de haberse ejecutado puntualmente, «habría dado por resultado la rendición completa del enemigo, tal vez con una sola carga». Lo que O'Higgins hizo en Chacabuco fué desobedecer órdenes terminantes y obligar con su temeridad a mayores sacrificios.

Chile, si no completamente libre de enemigos, estaba restaurado. Ocupada su capital, huyendo deshechos los realistas a sus posiciones fortificadas del sur, y alzados en armas los patriotas en todo el territorio, bajo el amparo de los triunfos de toda la

línea invasora; la revolución argentina levantaba de su ruina a la chilena perdida por Carrera: la redimía, para, en unión con ella, lanzarse a romper las cadenas de otros pueblos, derramando sobre el continente la luz de sus principios y la gloria de sus armas. No hubo conquistadores ni conquistados, sino tiranos derrocados y libertad restablecida por un pueblo redentor: Chile renaciente a la sombra del pabellón celeste y blanco.

«*La consolidación de la independencia de la América de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli, y la gloria de las Provincias Unidas del sur, son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña*», había sido la cláusula fundamental de las instrucciones de San Martín; y en cumplimiento de ella y satisfaciendo a la vez una aspiración de su alma, el aclamado y omnipotente vencedor de los Andes y Chacabuco puso en manos del pueblo chileno la dirección de sus destinos, rehusando el mando «con facultad omnímoda» que por «voluntad unánime» le ofreció una asamblea de notables.

La empresa redentora fué desinteresada hasta el heroismo; y quien, como el escritor chileno Valdez, se queja ingratamente de opresión de los libertadores, debiera no olvidar estas solemnes declaraciones del primer gobierno establecido: «Nuestros amigos, los hijos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos. La

condición de Chile ha cambiado de semblante por la gran obra de un momento, en que se disputan la preferencia el desinterés, mérito de los libertadores y la admiración del triunfo... La sabiduría y recursos de la nación Argentina limítrofe, decidida por nuestra emancipación, da lugar a un porvenir próspero y feliz en estas regiones».

El gobierno que Chile se dió fué eminentemente nacional. O'Higgins no necesitaba de la influencia argentina para merecer el honor de dirigir los destinos de su patria; en 1814, presentes los Carrera, había recibido la más alta investidura militar para mandar las tropas patriotas, y los títulos de entónces habían subido en la estimación de sus conciudadanos con su conducta elevada y digna en la emigración y su participación en la reconquista del suelo amado. En el orden en que se produjeron los acontecimientos era la personalidad llamada a gobernar a Chile para que este pueblo y el argentino pudieran llevar a término la campaña continental; y de quererlo así el gobierno de las Provincias Unidas dió alta prueba de sensatez y de largas vistas políticas, pues el hecho tenía una realización correcta sin menoscabo alguno de la libertad e independencia chilena. O'Higgins no fué *impuesto* por el Ejército de los Andes.

Cuando los notables de Chile nombraron por unanimidad a San Martín gobernador del «reino», «con facultades omnímodas», espontáneamente, bien se comprende que, ante la renuncia del general, ofrecieran

igual destino al patriota y al soldado de prestigio y títulos, que, a la vez de encarnar una aspiración pública, sería un cooperador de aquel; sin necesidad de intervenir para ello la influencia argentina, porque en el acto iba comprometida la estabilidad de la restauración: era una imposición de la propia conveniencia.

Natural era que en el gobierno constituido merced al Ejército de los Andes tuviese influjo San Martín; lo extraño habría sido que así no sucediese. La reconquista de Chile había sido un medio, no un fin, en los planes del libertador argentino: era el camino del Perú, para asegurar definitivamente la independencia americana. Por eso, el Ejército de los Andes y su general sustentaron la situación de Chile sin comprometer, empero, la dignidad nacional del pueblo amigo, y Chile y su gobierno, dándose cuenta exacta de que su libertad era poco menos que imposible sin la realización completa de los planes de San Martín, por gratitud y por necesidad, reconocieron en él al tutelaje del genio. Pero esto dista de ser lo que el escritor chileno Valdez dice, y es que Chile parecía entónces un pedazo de suelo argentino.

La alianza argentino-chilena, —el primer acto internacional de su especie, en América —llevada a cabo después de Chacabuco y mientras se hacía la campaña del sur por el Ejército de los Andes y los primeros cuerpos del chileno, explica satisfactoriamente cuales fueron los grandes

objetivos a que San Martín y el gobierno argentino subordinaron todos sus actos. Para la gloria de ambos era poco la opresión del país libertado al lado de «la hoja de laurel sagrado» conquistada ya, y de la redención de América, que no estaba en Chile sino en Lima.

Apenas organizada la nueva situación y puesto en ejecución el plan de la campaña militar del sur, San Martín repasó los Andes con solo un ayudante (O'Brien) para combinar personalmente con el Director Argentino la acción conjunta de los dos Estados. «Vuestro bien y el de la América — decía a su ejército y a Chile — me obligan a separarme de vosotros por pocos días». «Al cumplir un mes de la batalla de Chacabuco, el general vencedor atravesaba el campo de la acción, y al pasar frente a un montón de tierra recientemente removido, exclamó: «Pobres negros!» Allí estaban los muertos de Chacabuco, pertenecientes en su mayor parte al Batallón número 8, compuesto de libertos de Cuyo. Aquel montón de tierra marcaba la primera etapa de la gran campaña continental; la segunda sería el Pacífico, que iba a preparar; la tercera Lima, señalada de antemano; y la cuarta, el Ecuador, presentida y comprendida en sus planes».

V.

Orígenes de la escuadra chilena. — El *Ejército Unido*. — Primera campaña al Sur de Chile. — Invasión realista. — Cancha-Rayada. — Entereza de San Martín. — Batalla de *Maypú*. — La *Historia de San Martín* y *El Consulado y el Imperio*.

Si no árbitro absoluto de los destinos de dos pueblos, San Martín representaba despues de sus victorias en Chile la mayor influencia del día en el gobierno de los dos Estados y el prestigio militar más deslumbrador ante las masas y el enemigo mismo. Sin pacto expreso, la alianza de los argentinos y chilenos estaba consumada en su persona por sus sentimientos: en los hechos, porque bajo su dirección se batían con los realistas; en su influencia política, porque la ejercía en el sentido de la armonía; y en sus propósitos, porque eran el lleno de las aspiraciones y conveniencias comunes. Pero él buscó dar fórmulas más concretas a lo existente, y a conseguirlas hizo su viaje a Buenos Aires.

En carta que se supone dirigida a O'Higgins expuso lo fundamental de su pensamiento en los términos siguientes: «Nada debemos reparar en lo que se ha hecho, sino adelantar el ejército unido en sus empresas.

El destino está indicado y las circunstancias favorecen, el país lo exige para su libertad y la fortuna está en buen cuarto de hora. Es preciso, pues, aprovecharnos llevando nuestras armas al corazón del Perú. Esto supuesto, se hace necesario combinar los términos y preparar el éxito de la empresa. Lo primero es mover el ejército con seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza naval que domine el Pacífico. Considero suficiente el número de cinco corbetas y nada menos, bien equipadas y artilladas; pero falta plata. Vea, pues, si de ese Estado (Chile) pueden sacarse *trescientos mil pesos*. Hemos graduado que esto será suficiente para el armamento y tripulación. La expedición deberá estar en esos puertos para octubre o noviembre y no hay tiempo que perder. En caso de no tener efecto este proyecto, yo no expondré nunca el ejército a ser desbaratado por dos o tres buques de guerra que pondrá Lima en precaución de este mal, que es el mayor que puede venirle a su existencia».

Dominar el Pacífico con una escuadra levantada por los dos Estados para luego lanzar sobre el Perú un ejército de argentinos y chilenos, también preparado por los dos países, fué la combinación que sirvió de alma a la alianza que la Argentina y Chile escrituraron. En torno de ese punto giró la política armónica de los pueblos, siendo San Martín el pensamiento y el brazo que en uno y otro lado de los Andes pesaron en todos los momentos para conjurar los

peligros de todo linaje que surgieron ya en contra del objeto de la alianza, ya contra ella misma. Ese fué el provecho que sacó de sus triunfos, haciendo servir el agigantamiento de su figura en favor de la causa americana.

Interin los emisarios y representantes de la Argentina y Chile, al par que los respectivos gobiernos, buscaron en los Estados Unidos y Europa elementos para la formación de la futura escuadra del Pacífico, San Martín organizó el ejército chileno a imitación del de los Andes, y con ambos formó el *Ejército Unido*. «Fué este una verdadera creación, que, aunque compuesta de elementos diversos, constituyó un todo compacto, con su organismo propio, animado, con el mismo espíritu y con los mismos ideales guerreros; era una condensación de fuerzas complejas. La mano del artífice interpoló en sus filas jefes y oficiales de ambas nacionalidades para sustraer la masa a las influencias locales, y de ese modo el conjunto adquirió la homogeneidad y el espíritu patriótico que conservó hasta cumplir su misión redentora». Cada ejército llevaba la bandera de su nacionalidad; pero la concentración del mando en San Martín y el objetivo de la alianza daban a esa máquina de guerra el carácter de «un ejército libertador sudamericano».

Los elementos bélicos acopiados a pesar de la relativa pobreza de la época, la disciplina de las tropas, la calidad de los jefes, el número de los combatientes de

fila, así como la pasión infundida al soldado, constituían un poder militar respetable a la altura del designio a que era destinado. Sostenido San Martín por los dos Estados y con aquel poder en sus manos era una potencia continental. Solo le faltaba la escuadra para lanzarse a Lima por el mar.

Esa falta, que fué materialmente imposible llenar con la rapidez anhelada, contribuyó poderosamente a facilitar al virrey del Perú el envío de una espedición reconquistadora de Chile, contando con los restos realistas refugiados en el sur del territorio con centro de operaciones en las fortificaciones de Talcahuano. La resistencia de los españoles en el sur, en su duración y éxito al menos, es atribuida por el general Mitre a que San Martín dióles tiempo para reaccionar: cargo que, en nuestro sentir, se desvirtúa casi por completo con la narración que en su propia obra hace de las operaciones militares emprendidas después de Chacabuco y de la descripción y estudio del país.

San Martín no podía lanzar su ejército sobre el sur sin antes conocer el resultado de la campaña de Freyre y sin organizarse el gobierno chileno; de hacerlo inmediatamente después de Chacabuco hubiera corrido una aventura, aparte de que carecía de buenos elementos de movilidad. Mas, sea de ello lo que fuere, el hecho es que la primera campaña del sur no desalojó a los enemigos del territorio y que dueño del mar el virrey Pezuela mandó en protección

de aquellos una escogida espedición. La campaña exterior ofensiva preparada por San Martín se trocó, así, por el momento, en campaña interior defensiva.

Los españoles pisaron el territorio chileno, concentraron sus fuerzas y abrieron con altanería operaciones tras el ejército patriota del sur que se retiraba y con él una población inmensa que emigraba. «Fué un exodo a la vez que una retirada». En aquellos momentos, Chile imitó a la Argentina proclamando solemnemente su independencia en medio del peligro, hallándose el enemigo dueño de la mitad y mejor parte de su suelo. Chile redimido en Chacabuco juró su independencia en el primer aniversario de su redención.

El Ejército Unido salió al encuentro del invasor, seguro de la victoria. Alcanzado éste en Talca y próximo a ser obligado a una batalla, tuvo el general realista la osada inspiración de caer de sorpresa en la noche sobre los patriotas que cambiaban de posiciones para la acción del siguiente día. El golpe dió sus frutos. Aunque con mayores pérdidas los realistas, la sorpresa destrozó el ejército de San Martín, teniendo sus restos que retirarse. «Fué uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar», decía San Martín. Todo parecía perdido, y hasta un veterano mimado de Napoleón, Brayer, sintió pavor. Pero el generalísimo de la alianza mantenía su serenidad. «La patria existe y triunfará — decía a los chilenos — y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la Amé-

rica del Sur». Diez y nueve días después de la noche aciaga en Cancha Rayada «ya no había enemigos en Chile!»: el Ejército Unido había concluido en Maypú con el realista en la batalla más estratégica y notable que se ha librado hasta hoy en el Nuevo Mundo. Chile estaba salvado por segunda vez, y nuevamente iba San Martín a fijar sus ojos y su mente en Lima.

Es imposible dar una idea exacta de los cuatro capítulos que el general Mitre dedica en su obra a las operaciones militares que se llevaron a cabo en Chile después de Chacabuco; son cuadros completos que es preciso recorrer y estudiar detalle por detalle. El historiador y el soldado a la vez expone, explica y juzga como un maestro consumado. Thiers, reputado el primer escritor militar de Francia, no tiene en su *Consulado y el Imperio* páginas mejores que las de la *Historia de San Martín*. Hay vida real en ellas, se siente, se toca los hechos como presente en ellos. La figura del libertador se destaca radiante y admirable. Para el militar hay estudio crítico de estrategia; para el historiador, narración sóbria y elevada; para el artista, descripciones acabadas trasportables al lienzo; y para la generalidad, instructiva y placentera lectura. Aunque toda la obra tiene, en general, la misma índole literaria y científica, y solo con injusticia podría decirse que los capítulos relativos a las campañas de Chile son los mejores, fuerza es declarar que, aún así, son ellos los que nos han producido más honda satisfacción.

VI.

Obstáculos interiores contra la alianza argentino-chilena. — Los Carrera. — Inmolaciones necesarias. — Pureza de San Martín. —

Con las atenciones graves que demandaba la prosecución de la campaña continental y la invasión realista en Chile, los gobiernos argentino y chileno tuvieron que preocuparse también de allanar los obstáculos interiores de carácter eminentemente político que tendían a desviarlos de sus planes. Artigas y sus secuaces, en el Plata, y los hermanos Carrera, en el Plata y en Chile, eran los cooperadores inconscientes de los enemigos exteriores, porque con la anarquía y el desorden que sus ambiciones producían obligaban a mal emplear fuerzas. Artigas no tiene papel en la *Historia de San Martín*, porque corresponde a la de Belgrano; no así los Carrera, uno de los cuales, José Miguel, fué desde un principio el ave negra de la emancipación del sur, y los tres constantes conspiradores contra la obra de redención de Chile, que ellos habían perdido, si no por incapaces, por ambiciosos. Los tres murieron trágicamente en distintas épocas, y como ellos algunos de sus par-

tidarios, sin haber logrado, felizmente, dar cima a sus proyectos audaces como descabellados, de cuya realización no habría resultado la emancipación americana.

El general Mitre ha abordado con resolución esa faz de la política de la época, sin reservas de lo que merece condenación pero también sin generosidades que la historia no admite.

El, como cualquier otro hombre de conciencia recta, condena las ejecuciones por temor o sin pruebas de delincuencia, pero conviene en que los responsables de la sangre así derramada no procedieron por maldad de alma ni con propósitos mezquinos sino llevados de una aspiración elevada: la causa americana. Es así como explica la inmolación de los hermanos Juan José y Luis Carrera, la de Manuel Rodríguez y otros a quienes llama «víctimas de la desapiadada justicia política de la alianza chileno-argentina».

En los hechos de cada caso, da nueva luz histórica sobre esos dramas de sangre que viene a disipar completamente las sombras que la calumnia de la época echó sobre el nombre de San Martín. Así, resulta falso que San Martín enviara a Monteagudo a Mendoza para hacer ejecutar a los Carrera, y, al contrario, está probado que pidió el sobreseimiento de la causa de ellos; igualmente, está probado que San Martín no solo fué extraño si que también deploró la muerte de Rodríguez.

Es indudable que habría sido mejor el triunfo sin aquellas y otras escenas.

Pero esto que lo pensamos hoy friamente, tambien lo tuvieron en cuenta los que estaban empeñados en libertarnos, y si a lo contrario se resolvieron fué porqué lo reputaron necesario.

No eran moralistas que hicieran fracasar la revolución por pulcritud de conciencia o exceso de sentimentalismo; eran hombres de acción, de empuje que arrasa, dominados de una idea grandiosa; y debemos felicitarnos de que así hayan sido, no precisamente por la muerte de tal o cual individuo, sino porque sin eso, sin ese temple, quizás fuéramos aún colonos esclavizados.

«Los hombres de acción poseidos de una idea, que persiguen un objetivo fijo y representan una fuerza histórica continua, aunque sean magnánimos, no tienen tiempo para ser sentimentales ni para detenerse en su camino por las desgracias individuales que directa o indirectamente causan: son como las fuerzas de la naturaleza que obedecen a su ley, sin cuidarse si un hombre se ahoga en la oleada tempestuosa que levantan o si es devorado por los fuegos que encienden.»

Aquellos hombres suprimidos violentamente se cruzaron como obstáculos internos en el camino que recorría un pensamiento trascendental; del punto de vista de los autores de sus sacrificios, la responsabilidad de las inmolaciones era insignificante en comparación al orden de cosas asegurado con ellas para realizar la libertad americana.

El torrente de la época arrastró a los imprudentes que osaron detenerlo: fatalidad en que tuvieron parte de culpa víctimas y victimarios.

VII.

Dificultades para llevar a cabo la expedición a Lima. — Compromisos de los gobiernos aliados. — La Argentina cumple los suyos. — Criterio egoista e inexactitudes del escritor Gonzalo Bulnes. — El Gobierno chileno fluctúa para la expedición a Lima. — San Martín idea y efectúa el repaso de los Andes para obligar a Chile a la empresa de libertar al Perú. — Explicación de un enigma histórico. — La habilidad y firmeza de San Martín le hacen triunfar. — La expedición a Lima es gloria exclusiva de San Martín. —

La batalla de Maypú, cuya gloria tuvo de sombras la muerte de los Carrera y Rodríguez, dió definitivamente pedestal inconmovible a la campaña continental. «La fatal derrota que han sufrido las tropas del rey cerca de Santiago de Chile, pone al virreinato del Perú y a todo el continente, por la parte del sur, en consternación y peligro», decía el virrey de Nueva Granada al de Lima. Pero la alianza argentino-chilena no podía acometer la empresa sin aglomerar nuevamente elementos bélicos, sin reponer a su anterior estado el Ejército Unido y sin dominar el Pacífico. La expedición al Perú estaba concertada por los dos gobiernos, pero dependía su realización de los recursos indispensables;

pobres la Argentina y Chile, los planes de San Martín eran ilusorios.

Aquella dificultad, al parecer nimia al lado de las que el guerrero había ya vencido, fué la que más horas amargas le dió. El Director argentino prometió al generalísimo de la alianza 500,000 pesos que pidió para el Ejército de los Andes, debiendo entregar otro tanto Chile para sus tropas; sin embargo, cuando San Martín se dispuso a la preparación de su empresa contando con dichos recursos, Pueyrredón le daba esta noticia terrible: «No hay remedio, no se sacan de aquí los 500,000 pesos aunque se llenen las carceles de capitalistas.» «Después de cuatro años de trabajos, de operaciones maravillosas por su exactitud geométrica, y victorias nunca vistas en el Nuevo Mundo, cuando San Martín contaba de seguro que el plan a que había consagrado su vida iba a realizarse ¡todo le fallaba por la carencia de un montón de oro!» No por él, por la América, dejó caer entonces en la balanza de las deliberaciones del gobierno de su patria este peso abrumador: «Ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del mando del ejército».

Sabía que era necesario, que su retiro era una calamidad, y trató de obligar con su resolución a que se le diera lo prometido para emancipar el continente.

Fué un golpe maestro asestado con seguridad en un solemne momento crítico. «El gobierno, sobrecogido, reaccionó

inmediatamente, y, sacando fuerzas de de flaquezas» y ayudado por las combinaciones de San Martín, «se apresuró a hacer efectivo el compromiso». Los 500,000 pesos fueron entregados «en distintas partidas de dinero, pertrechos de guerra, buques para la escuadra del Pacífico y suplementos al enviado chileno en Buenos Aires».

El historiador chileno Gonzalo Bulnes, último que ha escrito allende de los Andes sobre la expedición libertadora del Perú, asevera que el gobierno argentino no facilitó los recursos prometidos, deduciendo de ello que la gloria de la expedición fué exclusivamente chilena, porque se realizó con *dinero* y recursos chilenos.

Sin entrar a discutir el grado de seriedad de una conclusión tan poco generosa, por no decir egoista: en el supuesto de la exactitud de su base de apoyo, si la gloria de la libertad del Perú debe juzgarse por la *plata* con que se hizo la campaña, ahí está la documentación del libro del general Mitre, recien conocida ahora, tal vez, de muchos, como prueba concluyente de la injusticia con que a la Argentina se disputa una gloria genuinamente suya *por la plata*, las tropas, los generales, los hombres de pensamiento y el gran guerrero que llevaron la libertad al Perú, como lo habían llevado a Chile.

El gobierno argentino llenó su compromiso a costa de sacrificios realmente heróicos, dejando así completamente a la res-

ponsabilidad del de Chile la realización de la empresa por el cumplimiento de los suyos. Veamos como se desempeñó el aliado.

Aunque la ingratitud (escribimos *ex-profeso* esta palabra) haya puesto en olvido a un ilustre prócer argentino toda vez que se habla de los orígenes de la escuadra chilena, es una verdad comprobada por innumerables documentos que fué fundador y organizador de ella el Ministro diplomático de las Provincias Unidas en Santiago, don Tomás Guido; del mismo modo, es un hecho innegable que fué también un argentino, Blanco Encalada, el primer marino y almirante que en las aguas del Pacífico dió glorias al pabellón chileno y con las presas tomadas al enemigo facilitó la formación de la escuadra; igualmente, es un hecho confesado por lord Cochrane, en documento autógrafo del archivo de San Martín, que «cuando se trató de expulsar al almirante del servicio de Chile» el general de los Andes lo sostuvo; y finalmente, es un hecho positivo que buques y pertrechos de guerra fueron facilitados por la Argentina para la escuadra.

Recordamos estos antecedentes para demostrar que en la dominación del mar fué, por lo menos, igual el interés y el esfuerzo argentino al chileno, no obstante que las ventajas de aquel resultado eran de provechos exclusivo para Chile y solo de nobles aspiraciones americanas para la Argentina. Era el dominio del Pacífico

parte integrante de la campaña continental de San Martín desde 1814 que la reveló en reserva a un amigo, y toda la labor que precedió al equipo de la escuadra fué un producto de la alianza argentino-chileno inspirada, en sus grandes objetivos, por el genio del libertador del sud.

Sin embargo, cuando el guerrero contempló creado el poder marítimo indispensable, teniendo ya asegurados los recursos pecuniarios argentinos, sufrió el desencanto de ver «que el dominio del Pacífico, en vez de facilitar la realización de sus planes, enervaba la voluntad del gobierno chileno para cooperar a la empresa del Perú, por la seguridad de no ser ya invadido, y lo inclinaba al quietismo reconcentrándose en la vida nacional».

El país mismo, olvidado ya del próximo pasado sombrío, «en corrientes visibles unas e invisibles otras», pagaba a su libertador con las primeras manifestaciones de ingratitud y egoismo. Era la reproducción, en escala mayor, de la falta de los 500,000 pesos. Otra vez parecía que la empresa encallaba, y era preciso obligar a Chile a cumplir sus promesas.

Para vencer, ideó el genio fecundo de San Martín la más admirable combinación de táctica política sobre la base del repaso del Ejército de los Andes y consiguiente abandono de Chile.

«Dueño de la fuerza que constituía el nervio del Ejército Unido y sostenedor de la situación, munido de la autorización para

expedicionar y comprometidos los dos gobiernos en la realización de sus planes, él obró simultáneamente sobre ambos paises por medio de presiones poderosas y combinaciones variadas, sin perder de vista su gran objetivo, aunque al parecer le daba la espalda. El guerrero, manejando los hilos de una trama complicada, a la vez de dar impulso a las masas, tomaba a los hombres como instrumentos de sus designios. No obstante su aparente doblez, a veces, sus procedimientos fueron siempre serios, y sus palabras sinceras, y coherentes los propósitos perseguidos. Era un drama complicado con accidentes de sublime comedia. Lleno de peripecias y alternativas, de coincidencias singulares, situaciones equivocas y efectos sorprendentes, rodeado de misterios pavorosos y explicándose de distinto modo cada uno de los actores el distinto papel que desempeñaban; los protagonistas eran dos naciones, dos gobiernos, dos ejércitos, dos asociaciones secretas que gobernaban a los gobiernos y a los ejércitos, y un hombre impasible como el destino, que manejaba con mano firme los resortes secretos de su potente máquina, variando sus combinaciones segun las circunstancias. Guardando su secreto, San Martín maniobró de modo a hacer servir a los dos gobiernos a sus profundas miras, sacando nuevos recursos de la Argentina y obligando a Chile a que le suplicara llevar a cabo su plan, poniéndose a su discreción y presentándole allanados todos los

obstáculos que a su ejecución se oponían.»

Aquel momento de la vida del libertador argentino y los hechos y los acontecimientos con él enlazados, se presentaban como masa informe de contradicciones, de debilidad, de egoismo, de fluctuaciones incomprensibles, hasta que el general Mitre hizo vislumbrar la verdad histórica en su libro *Comprobaciones históricas*.

Desde entonces, el repaso de los Andes quedó señalado como una de las novedades de sensación que presentaría su *Historia de San Martín*; y la obra ha hecho honor a la esperanza. Esa operación de profunda concepción política y de resultados tan exactos como la del paso, atribuida por unos al capricho, por otros al error y por todos a causas distintas de las verdaderas, fué impuesta por la desinteligencia entre el gobierno de Chile y San Martín respecto a la campaña continental, cuando Chile quiso retroceder de sus compromisos.

El libertador, lógico consigo mismo y con los ojos siempre puestos en Lima, fué obligado a desplegar sus dotes geniales para derribar los obstáculos inesperados. En el repaso de los Andes estaba el secreto de su triunfo sobre el gobierno de Chile. Alrededor de su idea única — libertar el Perú — inventó San Martín su trama concurrente a ella, mostrándose, más que ninguna otra vez, quizás, a la altura de los eximios políticos. «Merced a su decisión, su claridad de vistas y su poderosa acción, los destinos de la revolución sudamericana

quedaron fijados por la combinación de ingeniosas maniobras cuyos secretos se reservó.»

Esto es lo que resulta evidentemente demostrado y comprobado, por vez primera, en la obra del general Mitre, y que reemplazará desde hoy a las falsas apreciaciones corrientes sobre el repaso de los Andes; eso es también lo que pone más de relieve el singular mérito de la expedición al Perú, colocando los triunfos necesarios para su realización como victorias políticas de importancia igual a las militares y estratégicas del gran capitan. Vista así la historia de aquella época, no es Chile, como pretende Gonzalo Bulnes, sino San Martín, el alma inquebrantable de la campaña libertadora: es decir, la Revolución Argentina encarnada en él; sin que esto importe negar que Chile, al reaccionar y secundar a San Martín, se hizo acreedor a la eterna gratitud de la América.

VIII.

La anarquía argentina del año XIX. — La titulada desobediencia de San Martín fué la salvación de América.

Resuelto el gobierno chileno a cumplir sus promesas renovadas solemnemente en pacto internacional por su enviado Irisarri en Buenos Aires, y cumplidos por el argentino los suyos, la desorganización interna del país, que engendró el cáos del año 20, levantó nuevos obstáculos en el camino de San Martín. La guerra civil, el retiro de Pueyrredón del gobierno, la contaminación de las tropas regulares del espíritu de las montoneras semi-bárbaras, la preponderancia de los caudillos agrestes en su obra demoledora, el desborde de todas las corrientes detenidas hasta entónces por el orden regular de un gobierno central respetado, crearon al general de los Andes una situación verdaderamente desesperada; pues al par que la descomposición de su patria le desviaba de su objeto por sus deberes en sostener el orden legal, una formidable expedición española se anunciaba para el Río de la Plata y le obligaba a consagrarse a la defensa del territorio en pleno desquicio social y político.

El general Mitre califica aquel conflicto de «momento psicológico de la vida de San Martín», y lo estudia a la luz de los sucesos y de las torturas que estrecharon al genio. El cuadro es de una lucha cruel entre el americanismo del libertador y el argentinismo del general. El alma del hombre extraordinario era un mar en plena borrasca, a través de la cual buscaba combinaciones que conciliaran las encontradas fuerzas, pero sin hallarlas, por que eran imposibles. Los acontecimientos indetenibles le tenían encerrado en este dilema férreo: «él y su ejército (situado en la Argentina y Chile) pretorianos o revolucionarios en su patria, o libertadores en América.»

Enfermo de gravedad a punto de no poderse tener en pié y persuadido de que el peligro de la expedición española había desaparecido, tuvo la grandeza heróica de salvarse y salvar su ejército para la redención americana. Al mismo tiempo que el edificio nacional se derrumbaba, San Martín atravesaba desde Mendoza la cordillera en una camilla. Para ello había declinado al mando; pero el gobierno (que no pudo arrastrarle en su defensa contra la montonera) cual si viera claro su fín, tuvo la inspiración de no aceptarle la renuncia, autorizándole en cambio a trasladarse a Chile con ejercicio pleno de su investidura de Capitan General, «en la inteligencia de que en cualquier punto en que se hallase debía promover el fomento y disciplina del ejército».

Cuando San Martín recibió la contestación a su renuncia, el Directorio y el Congreso Argentinos ya no existían. Solo él y su ejército quedaban como representantes de la patria en la alianza argentino-chilena, en las condiciones perfectas de los pactos celebrados para la libertad del Perú.

Sustraerse a la guerra civil por hábiles maniobras sin haber caido en un alzamiento abierto contra el poder de quien dependía, y eso, cuando ya era evidente que la anarquía triunfaba, no nos parece que haya podido calificarse de *desobediencia* militar, como se ha hecho, tanto más cuanto que el mismo gobierno que se dice desobedecido mantuvo al supuesto culpable, por acto expreso, en la plenitud de sus honores y mando.

Si por desobediencia se toma el hecho de haber San Martín tratado directamente con O'Higgins la realización de la expedición a Lima, cuando caía a pedazos el orden nacional, y comprometídose, en consecuencia, no debe olvidarse que el director Rondeau no había revocado las facultades amplias que en tal sentido tenía, en cuya virtud, no obstante las órdenes que recibió para ocurrir contra los anarquistas con algunos de los cuerpos del ejército de su mando, él no estaba legítimamente impedido de proceder como lo hizo.

Lejos de merecer cargos aquella conducta, fué altamente previsora. Si el

Directorio triunfaba, el paso del general de los Andes le presentaba concluida la preparación de la famosa empresa; y si el desorden imperase, quedaba salvada del naufragio general la acción esterna de la Revolución Argentina.

No es de desobediencia, en nuestro sentir, el cargo a que San Martín se hizo acreedor, sino de haber dejado a su patria nativa envuelta en la guerra civil por libertar la América. Su persona, sus tropas y los elementos militares de que disponía no fueron destinados a empresa diversa de la que tenían por objeto; al contrario, por no haber querido darles distinta aplicación es que le llaman desobediente. Pero, aún así ¿por qué ha de ser más exigente la posteridad al juzgarle, que su propio gobierno y su época? Los resultados de su acción pusieron sobre la frente de su patria nativa su mejor corona, y la América por él redimida fué la confirmación de que dió al conflicto la solución debida.

Además, no depende de la impecabilidad la grandeza de los hombres de genio, sino de las conquistas que hacen para la humanidad. «La resolución de San Martín al no dar pábulo a la guerra civil y emprender la expedición a Lima, no solo consultó las previsiones políticas y militares, sino también los intereses conservadores de su patriotismo elevado, que se hermanaba con la propaganda guerrera de la Revolución Argentina, llevando su bandera redentora hasta la línea ecuatorial, con gloria para

su país y beneficio para la América».

San Martín no necesita de la absolución de la historia por haber superado en él la aspiración americana al egoismo pátrio, puesto que, al recorrer la órbita de su misión, dejó compurgado con exceso su ínfimo pecado. Merced a él «las Provincias Unidas del Río de la Plata completaron históricamente el programa de la Revolución Argentina, preservándose a sí mismas de un peligro inminente, pues cumplieron por ellas su último ejército y su más esclarecido general la misión redentora que se habían impuesto en la América».

Si el reverso de la medalla fuera el sacificio del suelo nativo, habría aún que pesar ese mal y el bien del continente para formular un juicio condenatorio. Pero es un hecho bien comprobado que la sustracción de San Martín a la guerra civil no precipitó los acontecimientos: más aún, que San Martín y el Ejército de los Andes no los habrían detenido conjurando la catástrofe. «La desorganización de la época y los fenómenos políticos y sociales que se desenvolvieron, reconocían causas más complejas que la ausencia de un general y veteranos al lado del gobierno; soldados más o menos no podían modificar la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo a que obedece el movimiento gradual de las naciones». Era tan formidable la ola, que ni el domador del Andes y «vencedor de vencedores» la podía contener. Con o sin

San Martín era fatal el desenlace del cataclismo.

Bien estudiado el «momento psicológico» del gran hombre, su titulada desobediencia fué una inspiración digna de su ya admirable gloria: ¡sublime desobediencia!

IX.

El *Acta de Rancagua*. — Refutación del juicio emitido por el general Mitre y el señor Bulnes sobre aquel acto. — Importancia política del *Acta de Rancagua*.—

Tanto el general Mitre como el distinguido historiador chileno Gonzalo Bulnes juzgan desacertado el paso de San Martín al deponer en manos del Ejército de los Andes el mando en jefe cuando tuvo noticia de que la anarquía argentina había destruido el gobierno de quien lo recibió sin crear otro en su reemplazo. El general Mitre, más duro que Bulnes, califica el *Acta de Rancagua*, consecuencia de la renuncia, de «acto revolucionario que sancionó por el voto de un congreso militar una desobediencia declarada, ligando un ejército a la persona y a los designios de su general, levantado sobre el escudo de sus soldados como un *imperator* romano». El ilustre historiador, sin embargo, dice que San Martín «se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno que diera sanción a sus actos»; a ser exacto lo cual, nada pudo ser más natural y lógico que el paso del general y el acta de Rancagua.

No es aceptable la afirmación de que

San Martín se encontrara sin patria en marzo de 1820, ni es justa la apreciación del acta de Rancagua. Jamás dejó de existir la patria de los argentinos desde el 25 de mayo de 1810, y menos para San Martín y el ejército de los Andes, pues el mismo general Mitre reconoce que fueron «fragmentos de ella que prolongaban la acción de la Revolución Argentina». La falta momentánea de un gobierno central no suprimió la patria, entonces ni despues: siempre ha sido una e inmutable a pesar de las tormentas de nuestras guerras intestinas. Tenía, pues, patria en cuyo nombre obrar el general de los Andes cuando recibía en Chile la noticia del caos del año 20; y en los compromisos solemnes de la alianza argentino-chilena estaba fijada la aspiración de ella.

Lo que si le faltó fué gobierno «que diera sanción a sus actos» futuros dentro del programa de su misión, y, en su defecto, ninguna otra fuente de autoridad tenía que su propia ejército. Entre continuar de cuenta propia con un mando de origen caduco o dar a su autoridad militar una sanción que impusiera respeto fuera de la patria desquiciada y acaso en ella misma, no trepidó en seguir el último temperamento, menos armónico sin duda con la austeridad de la disciplina de la tropa, pero seguramente más de acuerdo con su situación especialísima.

¿Quién se atrevería a probar, a asegurar siquiera, que la continuación de San Martín en el mando sin el acta de Rancagua hu-

biera producido en Chile iguales o mejores efectos que con la confirmación del ejército? ¿Quién osaría decir con plena conciencia que el ejército no hubiera esperimentado en el Perú descomposición sin el supuesto desacertado paso de San Martín? Nadie, creemos. El acta de Rancagua, por lo demás, no fué un alzamiento contra las leyes argentinas ni la sanción de «una desobediencia declarada». «*La autoridad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra á los españoles y adelantar la felicidad del país* — decía — *no ha caducado ni puede caducar*». Era la reproducción, en forma distinta, de la última nota que San Martín recibió del gobierno patrio (8 de enero de 1820) no haciendo lugar a su renuncia y reconociéndole como Capitan General del Ejército de los Andes «sea que estuviese reunido o seccionado y donde estuviese». Es llevar a límites extremos, incompatibles con el sentimiento y con el espíritu del ejército argentino situado en Chile, pretender que el acta de Rancagua importa un nombramiento; aunque la renuncia de San Martín abrió la puerta para ello, la sensatez y el patriotismo del ejército lo excusó, parapetado tras la invariabilidad de las resoluciones del gobierno patrio. Quizás dió con ello el ejército una lección de disciplina al maestro; pero, quizás también, era eso lo que él buscaba para tratar de potencia a potencia con Chile, presentando su ejército como si fuera su patria misma.

San Martín era el hombre calculista y matemático por excelencia, jamás dió paso de improvisador ni de impresionista; por manera que la parte de ineludible concesión hecha por su renuncia al rigorismo de la disciplina militar no debe tomarse como un hecho que escapó a su penetración sino como una fatalidad impuesta por los grandes intereses que perseguía. Él, lejos de su patria y ésta anarquizada, necesitaba pesar decisivamente sobre el gobierno de Chile para que no reincidiera en su debilidad, y con ese objeto provocó un acto del ejército de los Andes cuya fórmula histórica fué el acta de Rancagua.

Los sucesos correspondieron a sus suspicaces previsiones. A pesar de las reiteradas promesas de O'Higgins, de la Logia chilena y de los principales personajes de la época, «los preparativos para la expedición no adelantaban, no se habían reunido los fondos necesarios ni hecho efectivos los contigentes para el ejército». Si no era mala voluntad era desidia al menos. A esto se agregaba la guerra sorda que Cochrane hacía a San Martín, prevalido de sus triunfos, para suplantarle en el mando de la expedición.

Con el acta de Rancagua por base, el general argentino conminó en términos categóricos al gobierno al cumplimiento de sus compromisos y le obligó a realizar la expedición bajo su plan primitivo a despecho de las maquinaciones de Cochrane, de sus proyectos fantásticos y del mal entendido chilenis-

mo que se agitó en contra del comando en jefe de San Martín. Supo el libertador hacer servir tan admirablemente a sus designios el acta de Rancagua, que, según el mismo Senado chileno, puso a Chile en la necesidad de no dispensar medios para la expedición con tal de hacerle salir del territorio al frente de su ejército.

¿Era aquello lícito en el orden de cosas de la época y del punto de vista de los objetivos de la alianza argentino-chilena? Responda Chile, que reclama ahora íntegra la gloria de la expedición. Tal vez no hubiera pasado de un proyecto feliz la campaña continental sin la presión de San Martín apoyado en el Ejército de los Andes.

X.

Campañas marítimas de Chile. — Comparación de las obras de Mitre y Gonzalo Bulnes. — Los independientes dueños del Pacífico. — Situación militar, política y social del Perú. — Trabajos de San Martín en el Perú antes de la expedición libertadora.—

Cuando quedó definitivamente resuelta la inmediata expedición al Perú, el Pacífico estaba ya dominado. Blanco Encalada y Cochrane habían destruído el poder marítimo de los realistas, y aún proezas terrestres había realizado en las costas enemigas el brillante Par de Inglaterra.

El general Mitre dedica dos capítulos a la guerra marítima de Chile, nacida de la inspiración de San Martín como parte integrante de su vasto plan, y realizada completamente por el héroe inglés. Si la obra de Gonzalo Bulnes no hubiera precedido a la del general Mitre, esas páginas de la *Historia de San Martín* habrían sido frescas del pasado chileno como las relativas a los orígenes y desarrollo de su revolución; pero aquel escritor ha tratado concienzudamente la materia a no dejar nada nuevo que decir de ella en cuanto a los hechos. La estructura literaria de los dos libros es distinta y de ella únicamente nacen

las diferencias de las respectivas narraciones y refleciones que las acompañan. Con la misma materia prima cada autor ha trabajado su obra; pero estas, respondiendo en el fondo al mismo objeto, presentan, sin embargo, formas diversas en armonía con la índole y penetración de cada escritor.

No queremos hacer cotejos, que siempre son espinosos; mas sí diremos que el retrato de Cochrane hecho por Mitre es precioso, y animada y bella la narración de sus hazañas.

También estudia el general Mitre la situación social, política y militar del futuro teatro del libertador argentino (cuyo camino franqueó la escuadra chilena), los elementos de reacción que tenía en su seno y los trabajos preliminares de propaganda y de secreta inteligencia de San Martín con los patriotas peruanos. En esto como en la guerra marítima y acontecimientos posteriores, al recorrer la *Historia de San Martín* se cae, sin buscar, en su comparación con la obra de Bulnes. Lo que en esta se presiente o suple, ve uno claro en aquella; el general Mitre es de vistas más amplias y de investigaciones más profundas. El Perú de 1820 está en su libro de cuerpo entero.

Potencia militar formidable en comparación a sus enemigos, pues los ejércitos realistas alcanzaban a 23,000 hombres: socialibidad enferma trabajada por las ambiciones de una aristocracia anarquiza-

da y la pugna de razas que se repelían: base de operaciones del realismo a pesar de haber sido el teatro de las primeras convulsiones americanas: país de clima enervante y de vida económica fundada en el trabajo esclavo; el Perú tenía, empero, dos elementos de regeneración en su seno que concurieron a la realización de los planes de San Martín, y eran, el sentimiento de libertad latente en los corazones patriotas despues de sus fracasos, y el liberalismo español traído por los jefes últimamente enviados de España.

Aunque en el primero no dejaban de reflejarse las peculiaridades de la vida social y política del país, y el segundo se subordinaba al mantenimiento de la dependencia de América, ambas fuerzas minaron el poder del absolutismo y facilitaron la acción de San Martín en un terreno que, de otro modo, habría tal vez sido completamente refractario a la emancipación. No eran, por cierto, fuerzas armónicas, pero si concurrentes. El sentimiento reaccionario tendía a conmover la masa heterogénea de la población del Perú hiriendo a cada colectividad en su aspiración dominante, y el liberalismo de los jefes realistas, al par que rompía la unidad de los propósitos en el elemento militar, introducía en el régimen político imperante y en la clase de gobierno novedades también reaccionarias, si bien de distinto orden.

Desde Chile operó San Martín sobre aquel teatro poniendo en juego los resortes de

su astucia sin desperdiciar hecho ni móvil explotable, habiendo tenido la suerte de dar con agentes hábiles y con patriotas de resolución en el terreno trabajado. Fué algo como una reproducción de su campaña política de Mendoza sobre Chile antes del Paso de los Andes. Su éxito le hizo acariciar la idea de que había en el Perú base fuerte para un partido nacional, pues, juzgando de la distancia, interpretaba los hechos con el criterio de la sociabilidad de los paises que conocía. Cualquiera en su caso habría pensado del mismo modo en posesión de los secretos alhagadores que tenía. Sus planes militares eran de realización segura con los resultados de la preparación política; y se lanzó a la empresa como a cosa hecha.

XI.

Composición del «Ejército libertador del Perú." — La gloria argentina desnaturalizada. — Injusticias e inexactitudes del historiador Bulnes. — «El Ejército de los Andes» y Chile. — Remonta de los cuerpos argentinos. — Gloria de la alianza argentino-chilena.

El ejército con que San Martín emprendió la campaña libertadora del Perú constaba de 4430 hombres. De ellos, 2313 de tropa pertenecían al Ejército de los Andes y 1805 al ejército de Chile. Aquellos formaban *un* batallón de artillería, *tres* batallones de infantería y *dos* regimientos de caballería; y los otros, *un* batallón de artillería y *tres* de infantería. De los *diez* cuerpos, solo tres de los de Chile eran mandados por jefes chilenos. El General en Jefe, el Jefe de Estado Mayor, los Generales de División, el Diplomático de la espedición, el Auditor de guerra, el secretario principal de San Martín y el Jefe del parque y maestranza, eran argentinos. Ningún chileno notable figuró en ella, tal vez porque Chile concurrió «con su gobierno y su tesoro, su escuadra y su recluta». El ejército se titulaba «Ejército Libertador del Perú», y lo cubría el pabellón chileno, pero conservándose la separación de las

tropas argentinas y chilenas, cuyos cuerpos llevaban respectivamente el pabellón y la cucarda de su nacionalidad, según convenio *expreso* hecho por San Martín al imponer las condiciones bajo las cuales comandaría las fuerzas aliadas.

Parece que una mala voluntad que de antiguo existe allende de los Andes para los argentinos que libertaron a Chile y el Perú, halla en la composición del Ejército Libertador mayor gloria de la que está dispuesta a reconocer a nuestra patria, que nunca ha tomado cuenta de los beneficios que hizo y que no necesita amenguar el lustre ajeno para enaltecerse; pues en una de las mejores obras históricas americanas que hemos leído (la última de Gonzalo Bulnes), se estudia y destroza de tal manera la composición del ejército de San Martín, que los argentinos de sus filas quedan, poco más o menos, en la categoría de mercenarios de Chile. De esto no habla el general Mitre; pero debemos hablar nosotros cuando más no sea que para hacer constar que el mencionado escritor y los que piensan como él pierden su tiempo en morder acero.

Cuando los argentinos libertaron a Chile, le crearon su ejército, le defendieron su territorio y se lo aseguraron definitivamente en Maypú, la gratitud del gobierno y del pueblo redimido fué digna. La Argentina no cobró un céntimo a Chile; le había dado más que plata: la libertad, y no debía empequeñecerse reclamando

dinero cuando no tasaba ni podía tasar aquella ni la sangre derramada de sus hijos. La Argentina, también, había recibido en su seno con cariño a los militares chilenos emigrados despues de Rancagua y colocado a la par de sus primeros generales a O'Higgins. Esas cuentas se reconocen pero no se pagan, porque son impagables.

Reconocido Chile entónces, cargó con el sostenimiento del Ejército de los Andes mientras pisase su territorio, y se comprometió a reponer las bajas que tuviese en su defensa y sosten de su libertad. No es de decir que cumpliera religiosamente ambos compromisos, pues no le fué posible hacerlo; pero sí, que después de contraídos no protestó de ellos, sin embargo de que los carrerinos murmuraban. Había su parte de egoísmo en aquella prueba de gratitud, y era que sin el Ejército de los Andes la situación de Chile se comprometía, y necesitaba el gobierno mantenerlo cerca.

O'Higgins no tuvo inconveniente en *pedir* al director Pueyrredón que dejase en Chile una División de los Andes cuando San Martín intentó el repaso de la cordillera, fundando su pedido en que sin esas tropas no había garantía, pues las del país eran insuficientes e irregulares. Los soldados argentinos eran, pues, en Chile, libertadores a quienes se debía gratitud y columna firme del orden existente.

Sin perjuicio de las obligaciones que pesaban sobre Chile para el sostenimiento

y reposición de plazas del Ejército de los Andes, el gobierno argentino lo atendía, y queda ya dicho en otro lugar que para la expedición al Perú entregó los 500.000 pesos que le correspondía dar.

Esa situación nada desairada de los libertadores de Chile no cambió después de la caída del gobierno central argentino, no solamente porque el gobierno del pueblo redimido mantuvo con hidalguía su palabra empeñada, sino porque el ejército de los Andes no arrió su bandera ni respecto a la patria ni respecto a la América, sino que la afirmó solemnemente en el acta de Rancagua.

El señor Bulnes, sin embargo, dando al cumplimiento de los compromisos de su patria el carácter de una protección generosa ofrecida a un desgraciado sin hogar y sin amparo, deduce del hecho de la desorganización interna de la Argentina que el Ejército de los Andes perdió su nacionalidad por el origen chileno de los recursos con que se sostuvo y por el origen de la recluta que llenaba las bajas; agregando, como argumento, el acto por el cual el gobierno chileno reconoció en sus grados y como oficiales de su ejército a los de los Andes: en virtud de lo cual, dice, la expedición libertadora llevó al Perú bandera chilena y los cuerpos todos la cucarda de la misma nacionalidad.

El reconocimiento de los jefes y oficiales argentinos como jefes y oficiales del ejército de Chile no fué un favor, una especie

de caridad al desvalido, según se dice, sino *una distinción*. Tanto el mensaje de O'Higgins al Senado proponiéndolo, como la sanción de aquel cuerpo, lo consignan así terminantemente; y el oficio en que el general de los Andes acusó recibo de la comunicación respectiva decía categóricamente que se acepta el acto *como distinción*. El mismo señor Bulnes da en notas de su obra esos documentos que destruyen completamente la injustísima aseveración del texto.

En cuanto al pabellón de la expedición, hemos dicho ya lo ocurrido. El Ejército Libertador del Perú llevó el pabellón chileno, porque de ello hizo cuestión el Senado, y San Martín lo aceptó no solo por allanar dificultades de egoísmo nacional insignificantes en comparación a la magnitud de la empresa, sino tambien porque con la desorganización de la Argentina correspondía a su aliado representar a la alianza. Chile era nación libre por la Argentina. Pero los batallones y regimientos argentinos no cambiaron de bandera, ni de cucarda, ni de denominación; fueron con las propias, con ellas pelearon en el Perú y con ellas volvieron sus restos. Fué eso motivo de pacto expreso de San Martín. En los *estados* de las fuerzas del Ejército Libertador del Perú se calificó siempre separadamente el *Ejército Argentino*, y los ascensos dados a sus jefes y oficiales no fueron expedidos jamás por Chile ni a nombre de Chile sinó por el

General del Ejército de los Andes en virtud de poderes y en representación de las Provincias Unidas del Río de la Plata. ¿Cómo pudo haber ocurrido eso si las tropas argentinas dejaron de pertenecer a su nacionalidad? ¿Qué clase de soldados chilenos eran aquellos si se llamaban *argentinos* y ascendían en su carrera sin ingerencia del gobierno chileno? Desde Lima, San Martín, Alvarado y Enrique Martínez se dirigían al gobierno de Buenos Aires como generales del ejército *argentino* o división *argentina* que mandaban.

Cuando el coronel Félix Olazábal llegó a Santiago con el primer grupo de jefes y oficiales salidos del Perú, y el coronel Bogado regresó con los restos de los Granaderos a caballo, no se le ocurrió al gobierno chileno reclamarlos como tropa propia, nacional, sino que los reconoció y atendió como guerreros argentinos. La bandera del Ejército Libertador del Perú, ni los actos de asistencia del gobierno de Chile no suprimieron el Ejército de los Andes; hay actos expresos de San Martín de O'Higgins y del Senado chileno que así lo comprueban. La víspera de su partida decía San Martín al cabildo de Buenos Aires; «Mañana emprendo la expedición al Perú... y desde el momento que se erija la autoridad central de las Provincias, el Ejército de los Andes estará sometido a sus órdenes superiores». Luego, existía ese ejército argentino.

El día de la partida, O'Higgins ponía el

hecho en conocimiento del Cabildo de Buenos Aires, y, al precisar la composición de las fuerzas libertadoras, decía: «lo componen los batallones 7, 8, 11, el de artillería y regimiento de cazadores y granaderos a caballo del Ejército de los Andes». Luego, para el gobierno de Chile eran tropas argentinas. Cuando el Senado chileno manifestó al poder ejecutivo su opinión sobre el juramento que las tropas libertadoras prestaron a la Constitución provisoria del Perú, decía:

«...El ejército *llevó una división de los Andes*... y una vez que el general en jefe que V. E. nombró dejó de serlo por su ascenso a la supremacía protectoral, corresponde a V. E. el nombramiento de sucesor, *al menos por lo relativo a los cuerpos de Chile*».

Para el senado, pues, las tropas argentinas no habían dejado de ser tales. Concordante con los tres documentos citados es la declaración que San Martín hizo en el *Correo Mercantil* del Perú en junio de 1823. «Protesto, decía, no haber recibido instrucciones de ningún género de los gobiernos de Chile y Provincias Unidas, a menos de tomarse por tales la orden de marchar con 3800 bravos DE AMBOS ESTADOS a libertar a los hermanos del Perú».

No es más feliz el señor Bulnes en la sisa de gloria que intenta, cuando dice que el Ejército de los Andes era chileno por el origen de sus plazas. Según el general Miller (oficial al servicio de Chile)

«una *tercera* parte de la división argentina se componía de chilenos, en *reemplazo de argentinos* muertos o inutilizados en las campañas de la reconquista de Chile, y *muchos de los oficiales de las Provincias Unidas estaban también en la División chilena*».

Podría darse unos por otros si los chilenos del Ejército de los Andes no habieran sido sustitutos de argentinos; pero esta circunstancia los ponía en las condiciones de los reemplazados mientras que los oficiales argentinos al servicio de Chile estaban en él por voluntad propia sin perder la individualidad de su nación.

Un enganchado es soldado del país a que sirve cualquiera que sea su origen, y un personero es tenido como la misma persona que lo costea; ¿por qué, entonces, habían de ser soldados chilenos los reemplazantes de los argentinos, si revistaban en cuerpos argentinos? Pero aún en ese caso: ¿por ventura significaban más en la expedición los 771 reclutas chilenos que San Martín, Guido, Las Heras, Arenales, Luzuriagia, Necochea, Alvarado, Conde, Martínez, Dehesa, Larrazábal, Monteagudo, todos argentinos? Uno solo de ellos valía más que todos los reclutas.

La Historia no puede reducir a cuentas como la del señor Bulnes acontecimientos de la importancia de la expedición libertadora; y si nosotros, a nuestro pesar, le

hemos seguido en ellas, ha sido para mostrar que, aún en ese terreno, no es fácil quitar a la inteligencia, al brazo y a la abnegación de los argentinos su parte principal de gloria en la coronación a aquel memorable suceso.

«Es gloria de Chile haber llevado a término, a costa de inmensos sacrificios, el objetivo americano de la alianza argentino-chilena», y es gloria de la Argentina haber dado para ella su «último ejército y su más ilustre general».

No discutamos, pues, pequeñeces ni cual país hizo más en la empresa; a chilenos y argentinos debe bastarnos que nuestros padres fueron unidos los redentores de América.

XII.

Expedición libertadora al Perú. — Plan de campaña de San Martín. — Desembarco en Pisco. — Conferencia de Miraflores. — Primeros triunfos de los libertadores. — Primera campaña de Arenales por la Sierra. — Reembarco del ejército y desembarque en Huacho. — Revolución de Guayaquil. — Toma de la «Esmeralda". — Pronunciamiento de Trujillo. — Batalla de Pasco. — Principio de la campaña sobre Lima.

El Ejército Libertador del Perú zarpó del puerto de Valparaíso el 20 de agosto de 1820, aniversario del nacimiento del Director chileno. San Martín, «siguiendo el destino que le llamaba», no recibió instrucciones especiales a que ajustar su conducta; el Senado chileno las había sancionado, pero está comprobado que no fueron comunicadas al general: O'Higgins las detuvo sin darles curso, porque depositaba toda su confianza en aquél. Además ¿qué línea de conducta podía darse al genio creador de la empresa, al libertador de Chile, cuando en su obra ya cumplida estaba comprendido todo? La gran consigna del guerrero era, según sus palabras, «libertar al Perú»; y, de acuerdo con ella, O'Higgins dijo en una proclama a los peruanos: «Sereis libres e inde-

pendientes, constituireis vuestro gobierno y vuestras leyes por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes. El respetable ejército de Maypú y Chacabuco arrostra la muerte y las fatigas para salvaros».

«El general invasor tenía que subordinar sus planes a tres exigencias capitales, que se imponían: evitar ponerse en inmediato contacto con el enemigo, al desembarcar, por la desproporción de sus fuerzas; llamar la atención del enemigo por distintos puntos, a fin de evitar su reconcentración; y, por último, revolucionar el país para robustecer su acción y poderse mantener en él.» La empresa era más de inteligencia, de estratagemas y de política que de armas, pues bien se comprenden que con cuatro mil y tantos hombres era poco menos que locura pretender destruir en batallas un gobierno apoyado en 23.000 bayonetas. San Martín necesitaba hacer la guerra sin tocar su ejército, si posible fuera, porque carecía de elementos de reserva y en el primer contraste corría el peligro de un fracaso completo. Su plan, hábil y complicado, «requería paciencia y astucia, tiempo y espacio dilatado».

Para engañar al enemigo respecto del futuro teatro de sus operaciones y a la vez para lanzar al interior del país una división, desembarcó en Pisco contra la opinión de Cochrane que le sugirió la idea de bajar en Chilca y marchar sin dilación

sobre Lima: «improvisación del genio impetuoso del marino inglés, que no medía los obstáculos ni preveía las consecuencias lejanas de su proyecto».

Cuarenta y cinco días permaneció el ejército en Pisco. Sin haber disparado un tiro «ocupó los valles inmediatos desde Chincha a Nasca, se proveyó de cuanto producía el país, montó su caballería, aumentó sus filas con los negros de las haciendas, sublevó con facilidad los pueblos invadidos; destrozó después una división del coronel Quimper, e internó en la sierra a Arenales, menoscabando visiblemente con tan rápidos progresos el crédito del poder legítimo». Estos resultados confesados por el general español García Camba, hacían decir al virrey: «El tal San Martín, sin comprometer una acción formal, ha adoptado el plan más conveniente sin duda para sus fines. La seducción se ha prolongado rápidamente, y el desfallecimiento de los pocos buenos deja reducida la causa de la nación a un corto número de defensores. Para desenredarme de esta situación en que nada se avanza, y se consume mucho, necesito reunir más fuerzas de las que cuento en el día a mi inmediación». El virrey tenía, sin embargo, en Lima y sus inmediaciones 8661 hombres.

Con sobrada razón escribió San Martín a O'Higgins, al reembarcarse en Pisco: «No se ha perdido el tiempo»; agregando este otro resultado de su política, de que no hablan García Camba ni Pezuela: «Mis

relaciones con Lima las he asegurado en términos que el día menos pensado pueden darle algún mal rato al enemigo. Si no tenemos algún contraste que no está en la previsión humana, muy en breve veremos recompensados nuestros trabajos con la libertad del Perú».

Fué en aquellos días de éxitos fecundos que el libertador argentino recibió la primera proposición de paz, conyuntura que aprovechó para definir netamente su misión y dejar bien establecido en la conciencia pública del Perú que las pretensiones del realismo eran las únicas causas de la guerra.

El virrey Pezuela, sin sospecharlo, movido por su miedo, facilitó así con las negociaciones de Miraflores el desarrollo de una de las fases del complicado plan de San Martín. Éste, rechazada por los comisionados españoles la base fundamental de paz presentada por los libertadores — la independencia del Perú — quedó ante los ojos del pueblo como su redentor y única esperanza, no ya por declaraciones y protestas personales tan solo, sinó en virtud de actos de los mismos enemigos.

La resistencia realista a la independencia del país y la insistencia indeclinable de San Martín en ella, acreditan la absoluta verdad de esta solemne declaración del libertador:

«No busco la victoria por satisfacer miras privadas, sino para cumplir los deberes que el destino y la naturaleza

me han impuesto. Vengo a llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron, y ser gobernados por sus propias leyes».

En presencia de los resultados de la permanencia en Pisco, «hay que reconocer, dice el general Mitre, que las operaciones preliminares de la campaña fueron hábiles y acertadas: por su actividad, su estrategia y su astucia, San Martín redujo a la impotencia a sus enemigos con escasos medios».

A esos principios siguieron sucesos de trascendencia. Reembarcado el ejército mientras el general Arenales abría su campaña de la sierra con el objeto de revolucionar el centro del territorio, incomunicar a Lima de las fuerzas que podían ir en su auxilio, reconocer el país, vencer las tropas que hallara a su paso y buscar al norte la incorporación del grueso del ejército; San Martín, previa exhibición de sus tropas en el puerto del Callao, desembarcó en Huacho y se internó hasta el valle de Huaura, donde estableció su línea ofensiva-defensiva sobre el río que baña a aquel, «con la firme resolución de no esquivar batalla pero tampoco de buscarla por el momento». «Desde ahí podía promover la insurrección del país y reforzarse, mantenía en jaque a Lima, interceptaba las comunicaciones del ejército realista, sus comunicaciones con las provincias del norte, debilitándolo, a la vez que aseguraba las suyas por la parte

de la sierra (norte) y el mar, estando habilitado para sostenerse con ventaja, avanzar o replegarse o reembarcarse, o darse la mano con Arenales, según las circunstancias.»

Esta iniciación de la campaña sobre Lima fué precedida por el combate de «Casa Blanca», la revolución de Guayaquil y la captura de la *Esmeralda* en el puerto del Callao: acontecimientos, los dos últimos, de la mayor importancia, consecuencia inmediata de la expedición libertadora, el primero, y prueba heroica el segundo de lo que eran capaces los soldados de la libertad.

«La revolución sud-ameriana tenía en aquel momento reducida a la resistencia realista a tres puntos: Venezuela, donde Morillo luchaba sin esperanzas con los últimos restos de su gran ejército casi destrozado; el Perú, donde Pezuela se sostenía con él último ejército realista encerrado dentro de sus montañas; Quito, aislado, entregado a sus solos recursos, amenazado por dos ejércitos poderosos. El plan ideado por San Martín en 1814, daba sus resultados».

Deseoso el libertador argentino de aunar los esfuerzos americanos para terminar la emancipación del continente, decía desde Huaura al Vice-presidente de la república Colombiana: «Anhelo entablar (con Bolívar) las más estrechas relaciones y dar a nuestros nativos recursos un punto de contacto que aumente su

poder por la unidad del impulso que reciban, porque hallándose pendientes de ambos (él y Bolívar) los grandes intereses que agitan la presente generación, es un deber suplir por la combinación las medidas que retardan inevitablemente el tiempo y distancia».

Bolívar había manifestado el mismo pensamiento en nota dirigida a O'Higgins: «Un ejército de Colombia, decía, marcha sobre Quito, con orden de cooperar activamente con los ejércitos de Chile y Buenos Aires contra Lima».

Sin embargo de coincidir los dos guerreros en pensamiento, el del norte dejó mucho que desear en los hechos, pues sus manejos políticos no correspondieron a la conducta y elevación moral del libertador del sur. Más adelante tocaremos este punto.

Los triunfos que antecedieron a la ocupación del valle de Huaura produjeron otros no menos decisivos. La inteligencia de San Martín con los patriotas de Lima dió por inmediato resultado la defección del batallón *Numancia*, de 650 bayonetas, y la deserción introducida en las filas realistas; los trabajos de insurrección del mismo precipitaron los pronunciamientos de Trujillo y Piura a favor de los libertadores; y las partidas de *montoneros* con que el general circundó a Lima, a la vez que servían de antemural al ejército y enardecían el espíritu público, desmoralizaban al enemigo con sus golpes audaces y le tenían cortadas sus comunicaciones.

«Mi plan es bloquear a Pezuela, decía San Martín a O'Higgins. Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo voy con pié de plomo, sin querer comprometer una acción general. Pezuela pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin cesar; yo aumento mis fuerzas progresivamente. La insurrección cunde por todas partes como el rayo. En fin, con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre en breve tiempo».

Mientras así operaba directamente el libertador, la escuadra mantenía riguroso el bloqueo de los puertos y Arenales realizaba en la sierra su admirable campaña de 231 leguas, venciendo en todos los encuentros parciales, triunfando en la batalla de Pasco y dejando insurreccionado el país. Lima, estrechada por todas partes, sufriendo las consecuencias del bloqueo, con su gobierno aturdido y sus tropas desmoralizadas, no atinaba a pensar en otra cosa que en capitular; sus vecinos notables, apoyados por la municipalidad, solicitaron por escrito del virrey la capitulación.

«Hacía tres meses que estaba abierta la campaña. El ejército expedicionario en ese lapso de tiempo había provocado la revolución de Guayaquil, quitando al enemigo 1500 hombres, conquistado todo el norte, dispersado otros tantos soldados, había recibido en su seno el contingente de un batallón defeccionado de 650 plazas, como 500 voluntarios y

otros tantos desertores del enemigo; había insurreccionado una gran parte del interior del país y los alrededores de Lima y derrotado, muerto o aprisionado más de 2000 hombres en la campaña de la sierra; había adquirido la preponderancia moral y consolidado su situación política y militar, estrechando el asedio de la capital del Perú, próxima a sucumbir sin combate. Una gran batalla no habría dado mayores resultados. Todo esto se había alcanzado con 4000 hombres contra 23000. El éxito daba la razón al juicioso plan de San Martín».

Ese cuadro de los triunfos del genio hace exclamar al historiador chileno Gonzalo Bulnes: «*El Ejército de los Andes* se encontraba delante de Lima, dominando con su altiva presencia la causa realista en su más poderosa guarida. ¡De Mendoza a Huaura! ¿Qué distancia más colosal ha recorrido hombre alguno en menos tiempo? ¿Cuál venció mayores obstáculos, cuál necesitó más perseverancia y más genio?» En su entusiasmo confiesa Bulnes lo que desconoce cuando escribe dominado por su sentimiento nacional. *El Ejército de los Andes*, dice; y agrega: ¡*desde Mendoza a Huaura*! Los argentinos, pues!

XIII.

La peste hace estragos en el campamento libertador. — Apurada situación de Lima. — Atrevido plan de San Martín para imponer al enemigo. — Segunda campaña de Arenales por la Sierra. — Campaña de Miller a Intermedios. — El virrey la Serna entabla negociaciones. — Conferencias de Punchauca. — Trabajos de avenimiento hechos por la España en América. — Famosa proposición monarquista de San Martín. — Su verdadero alcance político. — San Martín republicano. — Injusticia con que ha sido juzgado. — La lógica del libertador del Sur. — Fracaso de la negociación de Punchauca. —

La apurada situación de Lima tomó creces con el hambre de la población y la peste de fiebre desarrollada en las tropas; pero, no obstante el clamor general por la rendición de la ciudad, los jefe realistas de ideas liberales se obstinaron en la lucha y, para imponer su resolución, depusieron al virrey y tomaron la dirección de los negocios.

San Martín hubiera sacado de aquella crisis y del medio calamitoso en que se desarrolló un espléndido partido si en aquellos momentos no se hubiese visto en situación verdaderamente desesperante. Huaura era el cementerio de sus tropas. La misma epidemia que hacía estragos en

el campamento enemigo amenazaba concluir con los libertadores. Todo el ejército fué atacado; «hubo día de morir 100 soldados; algunos batallones quedaron en esqueleto; el general, al levantarse de la cama después de siete días de enfermedad, exclamaba: «mi salud está muy abatida: creo con evidencia que, si continúo así, pronto daré en tierra». En el mes de abril de 1821, el ejército libertador se componía, según San Martín, de «mil quinientos enfermos y otros tantos convalecientes».

En tales condiciones era materialmente imposible emprender nada, y hazaña fué, sin duda, la que el general hizo en suplir con los recursos de su astucia, más fecunda entonces que nunca, su total carencia de medios. Hallándose poco menos que perdido, supo, sin embargo, aparentar al enemigo que su poder era el mismo. «Nunca San Martín mostró más genio que entonces: jamás en ocasión alguna le encontré tan grande», dice el general Alvarado.

Viviéndose en uno y otro campo de angustias, llegó al Perú el capitán de fragata Manuel Abreu, encargado por el gobierno constitucional de España de buscar un acomodamiento pacífico con los independientes. Emisarios del mismo carácter habían sido enviados a Méjico y Colombia. Impuesto el nuevo virrey de la misión de Abreu, invitó confidencialmente a San Martín a nombrar comisio-

nados; pero el general exigió una propuesta oficial.

Intertanto, para mostrar la resolución en que estaba y alarmar con el poder que le suponían, hizo marchar al general Arenales con una división de convalecientes a una segunda campaña por la sierra; al coronel Miller con una columna para operar en la costa sur bajo la dirección de Cochrane; levantó su campamento de Huaura, dejando entre los ríos Supe y Barranca dos batallones con un regimiento de caballería para el cuidado del hospital, parque y maestranza; cubrió las avanzadas de su antigua línea con un regimiento de caballería; con tres batallones y artillería se presentó embarcado en el puerto de Ancón; y, moviendo sus partidas volantes, «encerró al enemigo dentro de sus murallas y lo redujo al pequeño triángulo comprendido entre la ciudad, el Callao y Amapuquio». «Ese despliegue fantasmagórico, que hirió la imaginación de los realistas», era tiro disparado sobre la misión de Abreu en el sentido de la independencia.

San Martín, que por medio de sus comisionados Guido y Alvarado, había rechazado categóricamente tratar de paz si no era con la base de la independencia del Perú, cuando La Serna le hizo proposiciones en ese sentido poco después de su elevación necesitaba producir en sus enemigos ilusiones y cuidados que, a la vez de traducir su firmeza, ocultaran su verdadera

y comprometida situación militar; de ese modo mantenía el prestigio de su causa y podía hacer concurrir a su objeto la misión de Abreu.

La confidencial invitación del virrey fué hecha oficialmente, como lo exigió el libertador, y en virtud de su aceptación tuvieron lugar las famosas *Negociaciones de Punchauca*, que tanto han dado que decir a los historiadores.

El triunfo del liberalismo en España había dado a la política de la monarquía rumbos conciliatorios en América; se quería establecer la armonía de las colonias sublevadas y triunfantes con la madre patria por medio de la Constitución de 1812. A ese fin partieron de la península comisionados regios a Méjico, Colombia y Perú. Cuando San Martín rompió el armisticio de Miraflores, Bolívar firmaba uno con Morillo como preliminar de paz, y en Méjico principiaban los trabajos que terminaron con el *Plan de Iguala*.

En todas partes fracasó la tentativa peninsular, puesto que predominó la independencia americana, que era contra la que iba. Sin embargo: la actitud asumida por San Martín para llegar a ese resultado en el Perú ha sido el punto de arranque de las recriminaciones que soportó en vida y que en la historia se presentan como sombras de su gloria.

El general Mitre narra los hechos del armisticio y negociación de Punchauca

con más claridad y precisión que Paz Soldan y con más exactitud que Gonzalo Bulnes, y supera a uno y otro autor al ilustrar el punto con el estudio de los trabajos de avenimiento hechos en Méjico y Colombia. El fondo de su juicio sobre el suceso es, no obstante, el mismo formulado por Bulnes — contrario a San Martín — y quizás no fuera exagerado afirmar que en la forma es más duro que el historiador chileno. «La entrevista de Punchauca, dice, determinó un rumbo en la carrera del libertador, que debía conducirlo a un camino sin salida. San Martín se extravió como político, y como guerrero destempló sus propias armas de combate, desautorizándose como libertador antes las naciones emancipadas y comprometiendo como diplomático ante el mundo libre y el mundo reaccionario la causa que estaba encargado de hacer triunfar». Estas es la síntesis de la opinión del general Mitre.

No acompañamos al ilustre historiador en sus conclusiones. Para nosotros, las negociaciones de Punchauca comprueban el genio de San Martín y no un error suyo, su lógica de acero y no el retroceso de su carácter. Lejos de ver en la actitud del libertador argentino el principio del naufragio de su gloria, la reputamos uno de sus golpes políticos más profundos.

No hubo misterio en Punchauca, como lo cree el historiador Bulnes, ni los personajes que tomaron parte en las confe-

rencias tuvieron de qué avergonzarse en su vejez, «ocultando por pudor sus trascendentales errores», como el citado escritor dice caprichosamente que hizo el ilustre general Tomás Guido.

Los poderes de los comisionados del virrey La Serna tenían por base fundamental el reconocimiento de la Constitución española de 1812 como vínculo de unión, y los de San Martín «el rechazo de la Constitución española como vínculo de unión, y como objeto esencial de la pacificación el reconocimiento de la independencia de Chile, Provincias Unidas del Río de la Plata y el Perú», sin admitir armisticio preliminar que no se ajustase al espíritu de estas bases. Eran polos opuestos las instrucciones, y las conferencias no dieron resultado.

Sin embargo, como a San Martín le convenía demorar las negociaciones «para dar tiempo a que se repusiesen los hombres y los caballos de la división de Arenales, y reponerse los enfermos de su ejército que aún subían a 1200», según lo decía a O'Higgins, dejando de lado las respectivas exigencias fundamentales, se ajustó un armisticio provisorio con cláusula de que la Serna y San Martín allanarían personalmente las dificultades que obstaban para uno definitivo a fin de tratar entónces la cuestión del avenimiento. San Martín nada esperaba «porque sabía bien que la España, en su arrogancia nunca admitiría la independencia como imposición»; y La Serna tampoco tenía fe

en el éxito, pues decía que «iba a tratar sin creer en ningún avenimiento».

Uno y otro, empero, ajustaron el armisticio para mejorar sus respectivas situaciones militares; con la especialidad de que el caso de San Martín era peor, y, por consiguiente, a él le convenía más la suspensión de las hostilidades.

Bulnes atribuye el armisticio y la facilidad con que los comisionados realistas aceptaron dar en garantía del definitivo que se firmase las fortalezas del Callao, a que reservadamente estaban entendidos los prohombres de uno y otro campo en monarquizar el Perú; dando por única prueba de su afirmación unas cartas anónimas cuya dirección y orígen atribuye a Monteagudo y Canterac, sin más razón que supuestos suyos y con la particularidad que la lectura de dicho documento persuade de que son de un realista de Lima (que bien pudo ser Canterac u otro) a otro realista de la comisión de Punchauca, que seguramente fué Moar. En un oficio de La Serna, interceptado por San Martín, decía el virrey a los generales del interior que no creía en un avenimiento pero que se negociaba «para ganar posiciones ventajosas y sacar el mejor partido ocupando a Tarma, Jauja y Pasco».

La Serna entró en el armisticio por huir del fuego que le llegaba, creyendo a su enemigo poderoso y próximo a deshacerlo. Si la causa del hecho hubiera sido la apuntada por Bulnes, ni La Serna ni a los suyos hubiera tomado de sorpresa la atre-

vida proposición política de San Martín, ni hubiera ella frascasado.

La verdad es que San Martín y La Serna hacían «un doble juego con dos naipes, a cartas vistas y ocultas».

Encontrados ambos en Punchauca, el guerrero argentino, en presencia de los comisionados y de los Jefes de Estado Mayor de los ejércitos beligerantes, hizo al virrey la famosa y condenada proposición. «Si V. E., le dijo (al fin de razonado discurso) se presta a la cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros PARA PROCLAMAR LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ, los dos ejércitos se abrazarán sobre el campo». La fórmula que para esto propuso fué: «Nombrar una regencia que gobernara independientemente el Perú, de la que debía ser presidente La Serna, designando cada una de las partes un co-regente, hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España que se reconocería por monarca constitucional, ofreciéndose él mismo (San Martín) a ir a solicitarlo, si era necesario, para demostrar ante el trono el alcance de esta resolución, en armonía con los intereses de la España y los dinásticos de su casa reinante en cuanto era conciliable con el *voto fundamental de la América independiente*».

Nadie esperaba semejante salida «que dejó atónitos a los realistas». El comisario Abreu, a pesar de carecer de facultades manifestó señales de asentimiento. La Serna aplazó su contestación hasta consultar a

su ejército y a las corporaciones del virreinato.

La opinión del Perú era favorable a la solución, pero le fué contraria la de los jefes realistas, y ésta predominó. Instado San Martín por los coroneles Valdez y García Camba a declinar de la base de la independencia, les contestó: «Siento tanta obstinación, pues dentro de poco tiempo no tendrán los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo». Todo quedó por consiguiente, en nada, menos la proposición, que pasó a la historia.

Para juzgar con equidad la conducta de San Martín es indispensable ponerse en su caso y determinar préviamente cuál era el objetivo de su propuesta. ¿Era la independencia del Perú y con ella la independencia de toda la América lo que San Martín buscaba, o simplemente la monarquía? El general Mitre dice con mucha verdad cuando estudia la fisonomía moral del libertador: «Todo estaba subordinado en él a la idea de la independencia: formas, sistemas, él mismo». Independizar la América era su sueño, y a realizarlo se lanzó sobre Chile y el Perú. El sistema de gobierno era secundario en su mente, no porque fuera un indiferente en materias de teorías políticas, puesto que se declaraba republicano por convencimiento, sino porque sin la vida propia asegurada al continente todo lo demás carecería de base.

Con aquella aspiración generosa en su alma, San Martín estaba poco menos que

impotente para llevarla a término en los días de las conferencias de Punchauca. Su ejército pequeño no podía medirse con uno solo de los realistas: Chile y las Provincias Unidas le tenían completamente abandonado; el Perú, a pesar de las reacciones de los primeros días, no le daba fuerzas; los triunfos de Arenales en la primera campaña de la sierra estaban anulados por otros de los realistas; en una palabra, no ya para imponer la independencia del Perú, para sostenerse en el territorio era gravísima la situación de San Martín. Dado aquel estado de sus medios, ¿qué combinación mejor pudo sacar triunfante la independencia del Perú, que la de Punchauca?

«Ponía, por una parte, de su lado moderación, anteponiendo el bien a la gloria; presentaba una fórmula concreta de conciliación bajo las condiciones recíprocas de la independencia y del sistema de gobierno, desatando sin violencia el vínculo entre la madre patria y sus colonias; se captaba el concurso del comisario regio y de sus colegas, llevándolos a violar las instrucciones de su corte; halagaba las tendencias de los jefes liberales, que disponían del ejército español; persuadía al virrey a deferir la cuestión al voto de las corporaciones del virreinato; introducía la división política en el campo enemigo, pareciendo magnánimo, y mientras tanto ganaba fuerza moral y material. Esto, en el supuesto de avanzar una proposición que no podía ser aceptada por los realistas, de lo que estaba persuadido.

En el caso de ser aceptado su plan (contra lo que él creía) era victoria *sine sanguine*, como buscaba, aunque tuviese por símbolo una corona en vez de un gorro frigio. Obtenía desde luego el reconocimiento prévio de la independencia del Perú; fundaba provisionalmente un gobierno mixto nacional; comprometía al ejército español en el sosten de ambos hechos pre-establecidos, y la cuestión se resolvía de este modo de hecho, cualquiera que fuese la resolución del gobierno español. Era hacer triunfar la revolución con el concurso de los mismos españoles.» El mismo general Mitre, que así explica el alcance de la proposición de San Martín, reconoce que «el golpe era de mano maestra si no hubiese habido en él más que habilidad diplomática».

El agregado que se le dá, es decir, la idea de la monarquía propuesta en cambio de la exigencia de la independencia, a más de no desvirtuar el fin primordial a que el general subordinaba todo, era precisamente lo que daba a su combinación atrevida casi el valor de una batalla. La sugestión de la monarquía era el ardid único con que españoles y peruanos aristócratas podían concurrir a la independencia del Perú, como el repaso de los Andes fué el ardid con que San Martín obligó a Chile a la expedición al Perú.

Del mismo modo que al trasladar su ejército a la República Argentina pareció haber dado la espalda a sus propósi-

tos continentales, cuando en realidad los aseguraba; al brindar con la monarquía a los enemigos a condición de que el Perú fuera independiente, pareció dar la espalda a su causa cuando precisamente su fin era asegurar el triunfo de ella.

En el carácter de San Martín y en el orden de sus propósitos, nos parecen iguales sus situaciones en el momento del repaso de los Andes y en Punchauca. Así como en aquella toda su trama, toda la doblez y contradicción aparente de sus actos «convergía constantemente a este fin determinado, *la expedición al Perú*, en Punchauca, todo convergía también a este otro propósito invariable: *la independencia del Perú.*

La idea monárquica no era en él *un fin* sino *un medio* para llegar a la independencia americana, a pesar de su casi total falta de elementos; y justamente porque dicha tendencia era contraria al espíritu de la revolución que él encarnaba, tenía, si no seguridad, probalidad al menos de hacerla servir a sus propósitos sin peligro alguno. El Perú monarquista en un continente de Estados republicanos era un hecho pasagero: la república debía predominar. Garantir la independencia era la cuestión; el tiempo se encargaría de la regularización de lo demás. ¿Qué razones hay para no encarar así la actitud de San Martín en Punchauca, sobre todo habiendo ya él dado en su vida notorias pruebas de saber llegar a su objeto por la astucia más refinada?

La seriedad de sus declaraciones, la gravedad de la cuestión promovida, la propaganda monárquica de Monteagudo en *El Pacificador*, se dice, demuestran que San Martín reaccionaba contra su propia obra. No, respondemos. Todo eso que se señala era parte integrante de su plan para asegurar su éxito; era la carnada del anzuelo tirado para pescar la independencia del Perú; era el dorado de la píldora de la libertad política del continente ofrecida a los enemigos, a quienes por el momento no se podía vencer de otro modo.

Un marino inglés, Hall, dice de San Martín en esa época: «Debo confesar con sinceridad que las medidas que tomó en las circunstancias de que fuí testigo me parecieron indicar mucha habilidad, circunspección y previsión». ¿Por qué serían exceptuadas de estos calificativos las exterioridades de la proposición hecha a La Serna? Si la monarquía había sido una solución entrevista y hasta procurada en la Argentina y Chile, ¿por qué decir que al proponerla como ardid claudicó San Martín de los principios de la revolución?

Fuera más exacto pensar que el libertador llevó el sacrificio de sí mismo hasta el extremo de dar pábulo a esa acusación con tal de consolidar la independencia americana. Lo que no bastó para que Belgrano y Rivadavia, Pueyrredón y Gómez y los principales de la Logia de Láutaro pasarán por desertores de la causa americana, no puede con justicia pesar como estigma

sobre San Martín por haberlo tomado como elemento concurrente a la independencia del Perú.

No hay que dar a una estratagema el carácter de un objetivo; y aunque se incurra en este error, no se debe desvirtuar los hechos para juzgar a unos personajes de un punto de vista abstracto y a otros en relación a su situación y las corrientes que los solicitaban. Si algo está fuera de duda en la famosa proposición de Punchauca es la lógica de San Martín con su idea única: la independencia americana.

XIV.

Ocupación de Lima por el Ejército libertador.— El país no responde a la empresa de su regeneración. — Inacción forzosa de San Martín.— Miller y Arenales.

El fracaso de las negociaciones de avenimiento obligó a La Serna a evacuar Lima. San Martín no se apuró a ocuparla; «quería que la ciudad se pronunciara para presentarse a ella como auxiliador y protector y no como conquistador». «¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contrarios?», decía; y agregaba: «Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas, y no quiero dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública». Cuando la capital reclamó su protección, él entró en la ciudad de los Pizarro.

«El país no había respondido debidamente al llamamiento de los libertadores; a escepción del pronunciamiento de Trujillo y el alistamiento de las guerrillas francas sobre Lima, ningun movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las altas clases de la sociedad ni en el común del pueblo; la insurrección de los indígenas, débil y desordenada, solo brindaba derrotas sin prestar ningún concurso eficiente; la primera campaña de Arenales a la sierra de-

mostraba la inercia de las masas, y cuando más una adhesión pasiva. Todo esto hacía que San Martín se considerase como acampado y no como establecido en un país cuyas fuerzas revolucionarias y militares no se habían asimilado con las de su ejército de modo de darle un sólido punto de apoyo fuese para acelerar la victoria o para afrontar una derrota pasajera, sin jugar a un albur el todo propio contra una parte ajena.»

El Perú no era lo que fué Chile después de Chacabuco, ni el ejército escapado a las fiebres de Huaura era el fresco y lozano de los Andes. A una y otra circunstancia se debió la necesaria inacción de San Martín para perseguir a La Serna. Mucho habría mejorado la situación de los libertadores y aún terminádose la guerra si el general Arenales hubiera desarrollado su segunda campaña a la sierra según sus vistas e impulsos, mejores en la ocasión que los de San Martín; pero este, preocupado con la rendición del Callao y con proyectos militares no bien meditados (que también los genios tienen sus horas menguadas), mandó bajar a Lima la división de la sierra quedando, en consecuencia, el enemigo libre de contrariedades en la zona mejor del territorio peruano.

La expedición de Miller en la costa sur, aunque de resultados felices como mera diversión, no adelantó las ventajas de los libertadores; al primer amago de fuerzas serias contra ella tuvo que reembarcarse.

El general Mitre narra circunstanciadamente las dos campañas de Arenales y la de Miller. Exagerada esta por Cochrane y los que lo han seguido y no bien estudiadas aquellas, la *Historia de San Martín* las presenta en su verdadera luz. Miller es un bravo que aventura todo con exiguos medios para dejar en el terreno las huellas de una correría brillante pero estéril. Arenales se destaca como un gran general, superior en previsiones a San Martín en la segunda campaña. Si, como él decía, no se le hubiera dado instrucciones sino la orden de vencer, como Napoleón a sus mariscales, Canterac habría sido destrozado por él, y acaso, después, concluída la empresa continental en una batalla. Pero fué detenido en sus operaciones por el armisticio de Punchauca, primero, y por órdenes impartidas enseguida de la ocupación de Lima; resultando de allí que no realizó lo que su habilidad y valor habrían seguramente llevado a término.

XV.

Proclamación de la independencia del Perú. — San Martín «Protector del Perú». — Su situación excepcional. — La Revolución Colombiana.

La primera consecuencia trascendental de la toma de Lima fué la proclamación de la independencia del Perú, hecha en asamblea de notables, convocada por el Cabildo de la ciudad, cuyas prerrogativas y funciones había respetado el vencedor con asombro de los habitantes. La gloria máxima del libertador argentino estaba colmada! La alianza argentino-chilena había cumplido su misión americana!

Pero ¿era capaz el Perú de conservar el tesoro adquirido? ¿Tenía elementos propios para completar la obra de sus libertadores? La organización del gobierno y la destrucción de los realistas adueñados de la sierra eran tareas para las que, desgraciadamente, no estaba preparado el nuevo Estado soberano. No existía en el Perú el cuerpo de Nación que San Martín halló en Chile, ni hombres de valimiento ni partido político había como en aquél. Era un cáos, que pedía la mano de un creador. ¿Quién debía ser? La Logia de Láutaro designó a San Martín, y él aceptó el sacrifi-

cio dorado con el título de *Protector del Perú* y decimos *sacrificio*, porque el gran americano, no por ambición sino por necesidad del país redimido, entró de lleno en el ejercicio del poder público que siempre repugnó a su naturaleza y que era inferior al esplendor de la misión que dejaba cumplida. ¿Pudo haberse evitado aquel hecho? No; la fatalidad lo imponía.

Se ha dicho que San Martín asumió el gobierno y se entregó a la inacción porque reputó concluida la guerra con la ocupación de Lima. Es un error. «Es necesario purgar esta tierra de la tiranía, destruir para siempre el dominio español en el Perú, y ocupar a sus hijos en salvar a su patria antes que se dé tiempo a sus apresores para mejorar sus quebrantos y dilatar la guerra»—decía a O'Higgins. Para eso, «el poder del Protector dependía del concurso del país libertado y del apoyo de los dos ejércitos con que se había lanzado a su atrevida empresa»; pero el país no respondió a las exigencias y solemnidad del momento, siendo más bien un obstáculo serio por la composición de su sociabilidad, y las tropas del ejército libertador perdieron el brio y la adhesión de los pasados tiempos al ver a su general convertido en gobernante de un país extraño.

«El Protector se presentaba ante el Perú como una imposición de las fuerzas extranjeras; ante éstas, como un general aventurero y un compañero de fortuna de sus conmilitones; y ante las naciones a

que pertenecían, como un desertor o un súbdito emancipado». La verdad es, sin embargo, que nada de todo eso era San Martín, sino una víctima de su propio destino. Para salir airoso de semejante situación no tenía más que tres medios: «el triunfo sobre el enemigo, que todo lo resolvía, la identificación con el país libertado por medio de la creación de nuevos elementos nacionales, o la conservación del mando por medio de la violencia». Fuera de eso, no le quedaba otro camino que la abdicación del poder. En los dos primeros sentidos hizo todo género de esfuerzos, siendo, puede decir, sobre ellos que giraron los conatos de su política interna y externa.

Los cuatro capítulos que el general Mitre destina en su obra al Protector del Perú ponen en trasparencia la lucha incensante de San Martín por solucionar satisfactoriamente los complicados problemas de un gobierno combatido por todo linaje de obstáculos y sinsabores, a pesar de los cuales y en medio de conflictos seguía la guerra contra los realistas del Perú, triunfando unas veces y otras vencidas sus tropas, y concurría a la independencia de Colombia, operando así la conjunción de las dos corrientes emancipadoras del continente.

Como complemento de la historia de ese período de la vida del guerrero en cuanto a las relaciones externas del país que gobernaba con los del norte de la hegemonía colombiana, así como ilustración de la futura acción de Bolívar en el Perú, el general

Mitre comprende en su obra el estudio de la Revolución Colombiana desde sus orígenes, consagrándole diez capítulos. Aunque la crítica tuviera que reprocharle haber dado tanta extensión a un asunto hasta cierto punto ajeno al principal de la obra, es indudable que ni el lector vulgar ni el historiador hallarán mal semejante intercalación; pues con ella se tiene en un solo cuerpo de exposición y crítica toda la historia de la emancipación sud-americana

El propósito del general Mitre al exceder los límites de una relación rápida, ha sido mostrar las armonías y los contrastes de las dos corrientes emancipadoras, siguiéndolas paso a paso, a fin de hacer más patente la singularidad de cada una de ellas y la de los caudillos que las guiaron, cuyo encuentro y repulsión inmediata pusieron fin a la carrera política del argentino, dando al otro la gloria de terminar la independencia del continente. No conocemos otro libro que por un procedimiento igual llegue como síntesis al paralelo acabado que el general Mitre hace de los dos libertadores, de sus hechos, de sus obras y de las revoluciones que respectivamente encarnaron. Esta es una de las novedades más salientes y meritorias de la *Historia de San Martín.*

XVI.

El «Protector del Perú" y el Libertador. — Programa revolucionario-conservador del Protector. — El gobierno democratico y las condiciones sociales y políticas del Perú. — Proyecto monarquista de San Martín. — Su explicación racional. — San Martín y Bolívar como republicanos.

En el Protector no se agranda el Libertador de Chile y del Perú: «es inferior a su misión», dice el general Mitre; y da por razón de sus fracasos el no haber sido hombre de gobierno sino «un político de instinto que no se bastó a sí solo cuando múltiples objetivos de negocios públicos, para los que no estaba preparado, dividieron su atención y actividad, viéndose en la necesidad de auxiliares que despojaron su obra de su original unidad».

No es posible comparar situaciones desemejantes, teatros de acción y acontecimientos de caracteres distintos, como sería preciso hacer para estudiar a San Martín en su calidad de alma y brazo de la redención chilena y peruana en parangón a San Martín Protector del Perú. Aquel es una figura continental con una misión americana, mientras que este es un gobernante de acción ya circunscrita a una nacionalidad determinada.

Forzosamente tenía que ser inferior el Protector al guerrero libertador, aunque el hombre y el genio permanecieran iguales, porque la naturaleza misma de una y otra empresa establecía esa diferencia. Con Bolívar sucede algo que es peor: toda su gloria no basta para hacerle perdonar su despotismo cesáreo; el aclamado libertador se hizo aborrecido opresor.

Es, pues, un resultado de los sucesos que impusieron a San Martín la carga del gobierno provisorio del Perú y no producto de la declinación de su genio el descenso a que alude su historiador. El hombre había cambiado de teatro y de medios al mismo tiempo que aceptado por imposición del destino la tarea espinosa de organizar un caos político, mil veces más indomable que los Andes y los ejércitos realistas por él vencidos, obra ingrata en que todos los hombres y todos los pueblos americanos encallaron durante sus ensayos, y que, aunque fuera satisfactoriamente llenada, no podía reflejar sobre la América las luces de las campañas libertadoras del gran capitán del sur.

Es partiendo de esta idea general que deben encararse los hechos de San Martín durante su protectorado, para averiguar si en el ejercicio de la autoridad se rompió la unidad de su carácter, cambió su alma de aspiraciones, declinaron sus facultades morales, faltó a sus promesas; en una palabra: si se trasformó el hombre, empequeñeciéndose; pues si ninguno de esos puntos negros pueden señalarse en dicho período de su vida,

es fuera de cuestión que su grandeza no tuvo solución de continuidad.

El desarrollo de la acción política del Protector se operó dentro de un programa revolucionario-conservador: revolucionario, para extinguir de raíz, «destruir para siempre el dominio español», y conservador, para preservar al país de la anarquía y poder levantar sin tropiezo los elementos de gobierno y militares que necesitaba para terminar la guerra. El estatuto provisional que dictó «sin más principios fundamentales que la independencia como hecho, la división de los poderes como teoría y la soberanía popular como base del derecho constitucional, era el esbozo de una democracia en embrión». A más no podía ir, porque no era legislador político sino guardian de los destinos del Perú para «hacer lugar al gobierno que los pueblos tuviesen a bien elegir, cuya forma y modo determinarían los representantes de la nación». Su política fué, por consiguiente, perfectamente correcta y sensata a la vez que armónica con los principios de la revolución del sur.

En el detalle de la ejecución, acusósele de complaciente con su ministro Monteagudo, que no daba cuartel a los realistas, y a él mismo le tacha de ligero su historiador por su primer decreto preventivo contra los «retobados españoles que por su riqueza y posición social constituían una potencia contra la independencia», y por el destierro del obispo Las Heras, ejecutor de las órdenes del Papa que «recomendaba la fideli-

dad al monarca español y desarraigar y destruir completamente la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo sembró en América, inspirando a su grey el justo y firme odio, sin perdonar esfuerzo». Las causas de los cargos son en nuestro concepto hechos plausibles. Mucho más se hizo en la República Argentina contra los enemigos de la causa americana, y se hizo bien, muy bien! De otro modo no se hubiera vencido.

Otro carácter tienen las acusaciones fundadas en la actitud de San Martín, relativa al régimen institucional que deseó para el Perú, de acuerdo con sus propósitos conservadores.

Puesto en el potro, palpó esta amarga realidad: «el Perú era moralmente incapaz de gobernarse democráticamente: el estado de su civilización inhabilitaba al pueblo para el ejercicio de la democracia, pues el pequeño número que cultivaba las ciencias no era capaz de suplir el déficit de la población; la distribución de la riqueza, centralizando los capitales en el menor número de individuos, no aseguraba la independencia individual de los habitantes ni era adecuada al espíritu de las instituciones democráticas; la diversidad de condiciones, de castas y el antagonismo de intereses de su sociabilidad, eran enteramente incompatibles con las ideas». No había pueblo apto para la república, y sí, por el contrario, antecedentes históricos y apego aristocrático a la monarquía en la clase dirigente.

El ejemplo de su patria nativa, mejor preparada que el Perú para la República, era desalentador. Republicano de convencimiento, creía, sin embargo, «que los pueblos no debían darse las mejores leyes (teóricas) sino las más apropiadas a su carácter, grado de instrucción, hábitos y género de vida».

Con aquellos hechos y el orden de sus ideas prácticas inspiradas en un sincero anhelo del bien de los peruanos, San Martín reprodujo en el Perú el proyecto de la monarquía constitucional que en su patria había nacido como solución antes de la Revolución de Mayo y de la que fueron partidarios ardientes muchos próceres y heraldos en Europa Belgrano, Rivadavia y Gómez; proyecto que tuvo también aceptación en Chile, y que en Méjico y el Brasil habíase realizado.

La idea era flotante, en forma tosca, en el mismo pueblo peruano, «que, evocando los antiguos recuerdos incásicos, aclamaba a San Martín *Emperador* en sus canciones y yaravis»; la aristocracia limeña probaba en el apego a sus títulos nobiliarios su disposición favorable. Los ministros del Protector, Monteagudo y García de Río, si no responsables de la inclinación de su jefe, eran sus atizadores. «Yo no deseo otra cosa, decía San Martín a O'Higgins, sino que el establecimiento del gobierno que se forma sea análogo a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores de la anarquía.»

Un republicano no puede sostener que

el Protector dió con la verdadera fórmula institucional de un pueblo americano nacido a la sombra de la bandera de dos repúblicas, del mismo modo que un monarquista constitucional no puede negar que la idea fué inmejorable. Estas situaciones contradictorias tratándose de un mismo hecho prueban que el juicio histórico sobre el proyecto de San Martín, para ser equitativo, no debe ser exclusivo, del punto de vista de un sistema determinado, sino en relación a la época y al medio en que se desarrolló y al objetivo a que respondía.

San Martín no era monarquista. Dos veces únicamente hizo declaración de fe política, y las dos por la república. La una, en 1814, en una carta a un amigo, decía: «Soy un *americano, republicano por principios e inclinación*, pero que sacrifica esto mismo al bien de su suelo»; la otra, en 1822, en Guayaquil, en presencia de Bolívar, brindó «*por la organización de las diferentes Repúblicas del continente*». Pero, «como hombre de acción con propósitos fijos, con vistas claras y con voluntad deliberada, sus *medios* se adaptaron siempre a un fin tangible, y sus principios políticos, sus ideas propias y hasta su criterio moral se subordinaban al éxito inmediato, que era la independencia, sin dejar por esto de tener presente un ideal más lejano, que era la libertad».

Uno de sus sacrificios a la necesidad inmediata del día fué su proyecto de monarquía constitucional. Si él hubiera sido el in-

ventor del pensamiento en América, habría quizás razón para acusarle de claudicación a pesar de su buena fe; mas, no siéndolo y evidenciado como está cuales fueron sus causas determinantes y sus propósitos nobles y desinteresados, su proyecto encierra, cuando más, un sincero error de medios, originado por un celo ardiente de bien; exactamente el mismo error en que incurrieron ilustres republicanos argentinos, y menos dañoso que las presidencias vitalicias ideadas por Bolívar para encadenar a todos los pueblos a su voluntad por medio de sus generales convertidos en *dueños* de los Estados con un título democrático pero con verdaderas funciones y poderes reales.

Entre la idea de monarquizar el Perú y el *hecho* de la dictadura militar con que Bolívar pesó sobre los pueblos para constituírlos en un vasto imperio de que fuera él emperador sin corona, pero sí omnímodo *amo* de la América dividida en presidencias militares vitalicias ¿quién es capaz de señalar mayor responsabilidad en San Martín, por su proyecto, que en Bolívar por sus hechos?

La tiranía de Bolívar llegó a punto de que los pueblos desesperados sacudieron su yugo y le maldijeron, habiendo en su misma patria intentádose asesinarle para recobrar la libertad. Sin embargo, hay atenuaciones históricas para el Libertador convertido en déspota, en hombre execrado por los pueblos que le dieron aquel título, y no la hay para el Protector del Perú: al menos, de éste se dice que claudicó y no de aquél. ¡Injusticia!

San Martín no hizo al Perú ni a la América ningún daño con su proyecto; desaprobada la idea, no quedó rastro de ella en ninguna parte: ni entonces ni después se la recordó para nada. Bolívar, por el contrario, con su sistema de gobierno, con su ambición, con sus teorías y prácticas dictatoriales, dejó sembrado veneno contra la libertad, e hijos suyos son todos los tiranuelos que han agobiado a las naciones que fueron de su imperio, en las que bajo el título de repúblicanos han vivido en esclavitud los pueblos.

Sin desconocer el error del Protector del Perú, más del punto de vista teórico que del práctico, según la época, no es justo atribuirlo a desencanto del republicano ni menos a abjuración de sus íntimas ideas confesadas; la pureza de la intención, la franqueza y altura del intento, la limpieza del procedimiento seguido y la intachable honorabilidad demostrada en todo, dicen claramente que fué concesión hecha a orden de cosas que parecía exigir aquella solución.

De no haber confiado San Martín en el inmediato porvenir republicano de la América, es en realidad el cargo único que se desprende del proyecto del Protector, pues su solución monárquica era solo transitoria, «por las circunstancias del día y para evitar los horrores de la anarquía», según sus propias palabras; pero eso mismo es menos que el desesperado desencanto con que murió Bolívar, cuando, al ver el vergonzoso des-

trozo causado por la anarquía, que San Martín quizo enfrenar, decía: «El único bien que hemos hecho, es la independencia.» No hay genio que haya escapado a la ley de la falibilidad humana, y pocos son los que, en un escenario tan vasto como el que tuvo San Martín por teatro de su vida, fallaron tan poco como él.

XVII.

San Martín encarna la política externa de la revolución argentina. — Grandes principios de ésta. — Protección que San Martín prestó a Bolívar para la terminación de la guerra de Colombia. — *Pichincha* gloria comun de los libertadores del sur y del norte. — Egoísta conducta de Bolívar. — Conflicto que promueve a San Martín. — Carácter absorbente de la hegemonía colombiana. — Esfuerzos generosos de San Martín para terminar la guerra de la independencia. — Conferencia de Guayaquil. — Los dos colosos. — El misterio histórico. — Triunfo de la ambición de Bolívar. — La grandeza de San Martín.

La faz externa de la política del Protector fué la misma de la Revolución Argentina: generosa y fraternal para la América entera, sin otro ideal que la redención de los pueblos oprimidos, la extinción del poderío español y el respecto de los derechos territoriales de las agrupaciones comprendidas dentro de demarcaciones convencionales o naturales.

En contraposición a la acción dominadora y absorbente de la revolución Colombiana sintetizada en la insaciable ambición de Bolívar, San Martín, no por sentimiento mezquino de hostilidad sino por impulso natural elevado, vigorizado en él por el carácter de la corriente redento-

ra del sur, fué para los patriotas y para las legiones que luchaban fuera del Perú lo que su patria había sido con Chile, y lo que ambos Estados fueron para el Perú: protector y hermano, concurso para la guerra y espectador inofensivo después del triunfo del uso que los pueblos hicieran de su libertad.

Era el representante de las ideas del sur del continente que, «repudiando las conquistas y las anexiones, trazaban el mapa político de la América con sus fronteras definidas por un plano histórico de hecho y de derecho; sin violentar los particularismos entregaban a la espontaneidad de los pueblos sus propios destinos».

Esa política y el esfuerzo militar que exigía se desarrollaron paralelamente con las atenciones demandadas por la vida interna del Perú, la creación de su ejército y de su escuadra, la continuación de la guerra contra los realistas de las sierras; y todo eso a pesar del alzamiento escandaloso de Cochrane.

Guayaquil, puesto a la mano del Protector, fué respetado y garantido en su independencia; Sucre, apurado en la campaña de Pasto después del desastroso y estéril triunfo de Bolívar en Bamboná, solicitó el auxilio del Perú, y San Martín le envió sin dilación una fuerte división de tropas argentinas y peruanas con cuyo concurso decisivo alcanzó la victoria de Pichincha, después del triunfo en Río Bamba, terminando con ella la guerra de la in-

dependencia en el norte del continente.

En un rapto de entusiasmo y de reconocimiento decía con ese motivo Bolívar a San Martín: «Los beneméritos libertadores del Perú han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia. No es nuestro tributo de gratitud el de un simple homenaje, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aún más fuertes auxilios si es que ya las armas libertadoras del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse. El ejército de Colombia está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen». Era eso lo que cuadraba hacer, pero no fué lo que se hizo.

El triunfo debido al generoso contingente del libertador argentino sirvió para que Bolívar atentase contra la autonomía de Guayaquil, incorporándolo por la fuerza, lo mismo que a Quito, a la nacionalidad colombiana, creando así un conflicto a la política externa de San Martín y poniendo en choque las dos corrientes emancipadoras para de ello tomar pretexto a negarse a cumplir lealmente el concurso ofrecido al Perú a fin de que el libertador del sur no pudiese terminar su gloriosa obra. Tanto como el guerrero argentino había sido noble y generoso, fué pequeño y egoista el de Colombia. No era Bolívar el hombre que San Martín se imaginaba, juzgándole por sí mismo.

Si la conducta de San Martín obligaba a Bolívar como también le obligaba su prome-

sa expontánea, no le obligaban menos como americano y libertador la situación militar del Perú y el estado a que estaba reducida la guerra contra los realistas. Una división de independientes había sido derrotada en Ica por la ineptud de sus jefes Tristán y Gamarra. Tanto por dicho desastre como por la debilidad de las tropas libertadoras en relación a las españolas posesionadas de las sierras y Alto Perú, últimos baluartes del realismo, San Martín necesitaba el concurso de los colombianos para llevar a cabo una campaña formal dirigida personalmente por él, por Puertos Intermedios, en combinación con una invasión poderosa por la sierra, sin la cual no era seguro el éxito de aquella.

Bolívar no necesitaba ya un solo soldado; no había más fuerzas españolas que las que San Martín íba a destruir; del triunfo, dependía la conclusión de la guerra de la independencia; era, pues, deber de americano y de libertador cooperar a la empresa. San Martín lo habría hecho hallándose en el caso de Bolívar; pero éste no lo hizo, anteponiendo su egoísmo a su grandeza. ¿Tenía envidia a San Martín? Quizás! Todo hay que sospechar del que fué capaz de prender y entregar a los españoles al precursor de la independencia americana, el ilustre general Miranda, y recibió como recompensa de «ese servicio hecho al rey» un pasaporte de Monteverde: «marca de fuego puesta sobre su frente por la mano brutal del vencedor».

Las contrariedades que tuvo la política

americana de San Martín, debidas todas a Bolívar, provocaron la famosa entrevista de los dos libertadores en Guayaquil; asunto que el general Mitre ha tratado en páginas insuperables.

«Todos los rayos convergentes de la historia se afocan en aquel centro y dan sus prestigios a la conferencia de los libertadores. El escenario, es el arco iluminado del ecuador del mundo con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montañas en perspectiva, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes encendidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. El mundo pone el oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desaparece silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras vacías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. El misterio dura veinte años, sin que ni uno ni otro de los interlocutores revelase lo que había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se descubre, y vése, combinando las palabras escritas o habladas con los hechos contemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el misterio consistía únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y que lo que en ella se trató así como lo sucedido o dicho, es lo que estaba ya anunciado, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy más que por los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar hasta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito en ningún papel».

«Nos veremos y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos», había dicho San Martín a Bolívar al avisarle su partida; y el gobierno del Perú había anunciado al de Guayaquil que: «en la conferencia quedarían transadas cualesquiera diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de Guayaquil, y arreglados todos los obstáculos para la terminación de la guerra de la independencia».

Los dos pronósticos se cumplieron, ¡pero como! Empequeñeciéndose Bolívar, triunfador, y agigantando aún más su gloria San Martín, el vencido. Anteponiendo aquel su personalidad y su dominación a la causa americana, nada quiso escuchar, en nada quiso ceder, a nada quiso avenirse. Anteponiendo el otro a todo la causa americana, todo lo que de sí podía ofrecer en sacrificio, lo ofreció sin éxito.

«Iba San Martín de buena fe y sin ambición a buscar los medios de poner término a la guerra de la independencia, y no halló ni hombre con quien tratar; Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar».

No olvidará, no, la América, aquel memorable encuentro de sus héroes más esclarecidos, porque en él quedaron evidenciadas las flaquezas imperdonables de Bolívar y la admirable altura moral y magnanimidad de San Martín.

En dos horas y media de conversación

secreta midieron sus respectivas grandezas los dos gigantes, y los destinos futuros de ambos quedaron definidos. El libertador argentino era un obstáculo para las aspiraciones personales del libertador de Colombia: Bolívar quería ser único y absoluto. El libertador de Colombia era un hermano de causa, de gloria y de misión para el libertador argentino: San Martín no pensaba en sí sino en América. De la marcha armónica de los dos dependía el triunfo inmediato, así como de su desinteligencia podía surgir un conflicto y quizás una catástrofe. Ante la intransigencia terca de Bolívar, no había más que una solución: la desaparición de uno de los astros. ¿Cuál debía ser? San Martín resolvió que fuera él!

Y «el gran vencedor de vencedores», «al tiempo de completar su obra, se resignó a entregar a su rival afortunado el honor de coronarla». «Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia a las órdenes de V. E., decía a Bolívar. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!» «La historia no registra en sus páginas un acto de abnegación ejecutado con más buen sentido, más conciencia y más modestia».

Así triunfó la ambición de Bolívar; pero así también comprobó San Martín que era «el más grande de los criollos del Nuevo Mundo».

Fué una victoria para el libertador de Colombia, que amenguó su figura; y fué una

derrota que dió a San Martín el «triunfo de su idea por la acción de aquél» entonces, y el triunfo en la posteridad como americano.

XVIII.

Trastornos internos del Perú. — Reorganización del ejército argentino-chileno-peruano.— Plan de campaña de San Martín para batir a los realistas. — Convocación del Congreso del Perú. — Renuncia San Martín el mando supremo. — Honores que le tributan. — Su retiro del Perú. — Causas de esa determinación y juicio histórico a su respecto.

Al regresar el Protector de Guayaquil con resolución de retirarse de la escena para que el continente fuese independiente, pues «él y Bolívar no cabían en el Perú», halló que Lima había sido teatro de los mayores escándalos fomentados por los ingratos. Todos los resortes de la autoridad que dejó establecida estaban rotos, y, aunque a su arribo fué vitoreado por los mismos autores de los desórdenes, que también se pusieron a sus órdenes, «comprendió que la opinión indígena no le era ya propicia» y vió que el ejército, trabajado de atrás por síntomas enervadores había dado pruebas de flojedad en sus vínculos de disciplina y sumisión.

Tenía medios para imponerse; pero «necesitaba para ello retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad, adoptando medidas de represión que le repugnaban»; y, del mismo modo que a Bo-

lívar le allanó el camino de su ambición por el bien de América, «prefirió entregar a los hijos del Perú sus propios destinos eliminándose conscientemente como hombre público».

Antes de cumplir su resolución, que mantuvo en secreto, «se impuso el deber de proveer a la seguridad del Perú, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí solo; y por si acaso se quebraba en ellas, como sucedió, dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con ese objeto reasumió el mando y se ocupó con actividad en remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente.

Las fuerzas ascendían a 11.000 hombres, más una división de 1000 que el gobierno chileno debía enviar para reforzar el ejército destinado a operar en Puertos Intermedios. El plan de campaña consistía en lanzar un ejército de 4300 hombres por Intermedios, para operar sobre la sierra del sur y el Alto Perú en combinación con una columna del guerrillero Lanza, que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando así una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja a Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno hasta la frontera norte argentina. Al mismo tiempo, desprender otro ejército de la misma fuerza por la sierra del centro, que penetraría por

Pisco, para cortar la línea al enemigo, a la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de Puertos Intermedios y ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos.»

«Este plan — agrega el general Mitre — era racional y prometía ventajas positivas sin comprometer mucho, con solo conducir las operaciones con precisión y actividad. Bolívar, anticipadamente consultado, lo declaró excelente, reservándose ponerle obstáculos.»

Libre ya de las atenciones de la defensa, instaló el Congreso Constituyente del Perú y le entregó todo el mando político y militar que hasta entónces ejerciera. El Congreso le nombró generalísimo de los ejércitos; pero él declinó el ejercicio de semejante dignidad. El mismo cuerpo acordó darle el título de *Fundador de la libertad del Perú*, el grado de Capitán General, le asignó una pensión vitalicia igual a la de Washington, votó que se le erigiese una estatua y que en todo tiempo se le hicieran los honores anexos al poder ejecutivo.

En la noche de aquel mismo día (20 de setiembre de 1822) partía el libertador de medio continente del pueblo de la Magdalena, a caballo, en dirección al puerto de Ancón, donde se embarcó en el bergantin *Belgrano* y se alejó para siempre del Perú.

«Mis compatriotas dividirán sus opiniones en cuanto a mi conducta pública — decía San Martín en su proclama de despedi-

da a los peruanos — los hijos de estos darán su verdadero fallo». Sus contemporáneos fueron inicuos al juzgarle y su posteridad no siempre acertada. Prescindimos de aquellos que, por su malignidad y perfidia, no merecen ni ser recordados.

La posteridad, planteando netamente el problema, se ha preguntado: ¿San Martín se retiró de la escena por abnegación o por apocamiento y cobardía moral? ¿Es un ejemplo de grandeza su conducta o una prueba de su decadencia?

Desde luego, hay que tener presente este hecho fundamental en todo lo que concierne a San Martín *íntimo*: fué en vida y lo es en la historia casi un enigma. Con la sola excepción de la idea de la independencia de América, ni los hechos ni los documentos son suficientes para hacer adquirir a su respecto una conciencia plena. Pero como no es al hombre íntimo a quien se juzga sino al personaje histórico, al libertador, al guerrero, al hombre público precisamente en relación al triunfo de la idea de que no hizo misterio y para cuyo éxito hizo misterio de todo lo demás, comenzando por él mismo, el juicio de la posteridad a que se remitió puede formularse con certeza.

Son hechos desfavorables a San Martín, a primera vista, su precipitada retirada del Perú, dejando a su antiguo ejército como abandonado; el haber trazado y no ejecutado un plan de campaña que reputaba de resultados seguros; las razones de su retiro

expuestas en su última proclama a los peruanos. En esos antecedentes se apoyan los que, sin negar la magnanimidad de su eliminación, le culpan de indiferente respecto de su propia obra. Pero aquellos hechos se explican perfectamente, dada su situación solemne, sin caer en el cargo formulado.

Si San Martín hubiera anunciado su resolución o postergado su retirada del Perú, los acontecimientos le habrían impedido eliminarse; le era indispensable proceder por sorpresa para suprimir a Bolívar el obstáculo de su persona a fin de que así triunfara la América.

Por la misma razón renunció a la gloria de ejecutar personalmente su último plan militar. Ponerse al frente del ejército para retirarse después de la victoria o sufrir la suerte adversa de sus soldados, habría sido dilatar o imposibilitar el logro de la anhelosa ambición de Bolívar de penetrar en el Perú. «El no excusaría, decía San Martín, medios para entrar, y tal vez no pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos. ¡Eso no! Que entre Bolívar al Perú; y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. No será San Martín el que dé un día de zambra al enemigo»

Por eso renunció conscientemente a una empresa que le tenía comprometido, «sacrificando su honor y su reputación por servir a América», según sus palabras

veinticinco años más tarde, cuando ya algo pudo revelar de los secretos necesarios de la época.

Finalmente, su proclama de despedida, tomada por muchos como un documento en que estampó los sentimientos de su alma, no es verídica en los hechos que invoca para su retiro; su carta a Bolívar, en que está la verdad real, autoriza a calificarla de «disfraz de circunstancias» en que también se echó encima conscientemente debilidades imposibles en él, para mejor éxito de los que debían contribuir a su obra.

Analizados con minuciosidad y estudiados con sereno espíritu los mencionados hechos y los que les son correlativos, el general Mitre formula netamente su juicio sobre la «abdicación» y retirada de San Martín en los términos siguientes: «Con su claro buen sentido y su genial modestia, San Martín se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien y exclamó resignado: «¡El destino lo dispone así!»

No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa a que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondar su conciencia debió comprender que no era, como Macabeo, el caudillo de su propia patria, y no tenía derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin

voluntad para ser déspota y sin suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas suficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que no estaba en su mano detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino, abriendo paso a una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sud-americana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo: Bolívar tenía en sus manos el rayo que a uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero a condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica.

Al reconocer el temple de sus armas, vió que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista a los once mil soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probalidades de éxito; pero, en previsión de un contraste, a fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estóicamente, como dijo, «hasta su honor militar».

Previó, que en término fatal, su gran personalidad se chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá y Carabobo la espada de Chacabuco y Maypú, para que coronase las grandes victorias de las armas de las dos hegemonías sud-americanas.

Tal es el significado histórico y el sentido moral y político de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. Fué una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande es lo que tiene de forzado y deliberado a la vez. Fué una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar a la América sacrificios innecesarios a costa del sacrificio de una ambición personal.»

No hay varón ilustre que, en la situación solemne de San Martín, haya dejado en la historia de la humanidad un ejemplo como el suyo de equilibrio moral, de profunda sensatez política, de abnegación personal, de pureza de aspiraciones y de generosidad para la gloria ajena. Bolívar es un pigmeo a su lado cuando los acontecimientos producidos por su ambición le crearon conflic-

tos; no halló otra solución que usurpar los derechos de los pueblos, y estos renegaron de él y le repudiaron.

No empequeñece la grandeza de San Martín la circunstancia de haber deliberado bajo la presión de ciertas fuerzas, porque su mérito y su virtud consisten en la deliberación misma y en sus objetivos. La espontaneidad que se vé no siempre es, por otra parte, una realidad. La de Washington tan ponderada, ¿no pudo acaso ser el producto del egoismo íntimo del que ya no quiso luchar por la vida o del egoismo del que en un acto plausible buscó menos el bien general y el ejemplo para los extraños que su propia satisfacción vanidosa? ¿es absolutamente exacto que el gran hombre se retiró a su hogar sin desconfiar del cansancio del pueblo o de los partidos respecto a él?

Las imposiciones morales tienen tanta fuerza y algunas veces más que las externas, y, sin embargo, sus resultantes pasan o pueden pasar por espontaneidades. Si de la espontaneidad dependiera esclusivamente el mérito de las acciones humanas, no quedaría héroe en pie ni grandeza sobre la tierra. Cuando, como en el caso de San Martín, se busca el verdadero significado de un hecho o suceso histórico, hay que combinar la causa que impele con el resultado que produce, y si en este intervienen como fuerzas decisivas la elevación de sentimientos, la magnanimidad del corazón y la inmolación de la gloria personal bajo la

dirección de una voluntad consciente, no es posible desconocer que el hecho o suceso tiene el mérito y el sello propio de la personalidad que se impone a las fuerzas que la solicitan, dándoles rumbos benéficos.

Esta es la base del criterio justo; y en ella se apoya Paz Soldán para «declarar ante el Universo que San Martín es el más grande de los héroes, el más virtuoso de los hombres públicos, el más desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza».

XIX.

Expedición a Puertos Intermedios.—La anarquía del Perú. — Dictadura de Bolívar. — La acción de San Martín sigue acompañando la lucha emancipadora. — Cesarismo de Bolívar. — Males que hizo a la América republicana. — Resistencia que la nueva hegemonia argentina opuso a los proyectos de Bolívar. — Junin y Ayacucho fueron resultados de la campaña continental de San Martín. — Gloria exclusiva de la Revolución Argentina.

Mientras el libertador argentino retornaba pobre, solo y enfermo a Chile y de allí a Mendoza, el gobierno del Perú sacrificaba en Puertos Intermedios el ejército que le dejó, y la anarquía estalló furiosa. En medio de sus desgracias, Riva Agüero y muchos jefes llamaron de nuevo a San Martín. «Estoy pronto a sacrificar mi vida privada, les contestó, si ceden de sus quejas y resentimientos y reconocen la autoridad del Congreso, que han jurado. Si no hacen esto, el Perú se pierde irremisiblemente y tal vez la causa general de la América. Únanse y con este paso desaparecen los españoles del Perú. Después, matémosnos unos con otros, si este es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos.»

Era el mismo hombre de los primeros

días de la revolución, el criollo indomable que no anhelaba más que la extinción del dominio español. Su consejo fué desoído; la lucha intestina se hizo con mayor crudeza, echando a rodar presidencia y congreso.

En aquellos momentos, Riva Agüero le reiteró su pedido; pero el libertador, justamente indignado de la conducta de dicho personaje, le contestó: «¡Cómo ha podido persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín fueron jamás dirijidos a emplear su sable en guerra civil! ¡Y me invita a ello al mismo tiempo que proscribe el Congreso y lo declara traidor! ¡Eh! ¡basta! Un pícaro no es capaz de llamar más tiempo la atención de un hombre honrado!» Duro, muy duro, como cuadraba ser.

La política absorbente de Bolívar aprovechó el desquicio del Perú para echarle la garra de la hegemonía colombiana. Ansioso de entrar en el país, ofreció al gobierno el concurso que negara a San Martín, y, rechazada cortesmente su interesada generosidad por el sentimiento nacional, que le era desafecto, — pues en él veía un *amo* y no un amigo,—su orgullo ofendido le hizo impartir órdenes hostiles a las pocas fuerzas colombianas existentes en el territorio. Ese principio de la presión de su mano tuvo en la anarquía un factor poderoso, a cuya sombra supo presentarse como arbitrio del pueblo, que, con sus convulsiones, le dejó camino franco para tomar posiciones que le llevaran a la dictadura. Así colmó sus aspi-

raciones personales, explotando las desgracias de un país hermano!

La *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana* habría quedado trunca si el general Mitre la hubiese terminado con la abdicación del Protector, como ha hecho Gonzalo Bulnes en su *Historia de la Expedición Libertadora del Perú.*

Si bien la carrera del libertador del sur estaba concluida, quedaban todavía en acción su idea fundamental, las consecuencias de su gran campaña continental y parte de su ejército de los Andes y de los de Chile y Perú, que formó: todo lo cual concurrió a la obra posterior de Bolívar.

Con verdad dice su historiador que «su acción acompañó, aunque ausente, la lucha de la emancipación sudamericana hasta su triunfo final». Bolívar mismo lo reconoció implícitamente cuando en el banquete dado en Lima en celebración de su dictadura, brindó: «Por el campo en que se reunan las banderas del Plata, Perú, Chile y Colombia, y sea testigo de la victoria de los americanos, o los sepulte a todos»; y también cuando, en el mismo acto, levantó su copa: «Por el buen genio de América que trajo al general San Martín con su ejército libertador, desde las márgenes del Río de a Plata hasta las playas del Perú: por el general O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile.»

La nota saliente de ese período final de la independencia, no es propiamente la guerra contra los realistas, sino el delirio de

Bolívar con la sumisión de toda la América a su poder, primero bajo la forma suave de una confederación de Estados gobernada por una asamblea internacional, de la que él pensaba ser el brazo, y después bajo una monocracia protejida por las bayonetas colombianas.

En la guerra nada especial dió su genio. La campaña que terminó en Junín siguió tras las huellas de Arenales; y aunquela clásica musa de Olmedo presenta a Bolívar en el canto admirable «A la Victoría de Junín» «como un héroe de Homero», «ni a su inteligencia ni a su persona se debió el triunfo»; su papel fué desairado.

Junín es producto exclusivo de la inspiración y valor de un argentino, granadero de San Martín: el coronel Isidoro Suárez. En la campaña de Ayacucho no es Bolívar el que brilla sino Sucre; y éste mismo, con algunas variantes, ejecutó el plan militar de San Martín.

Bolívar, engolfado en sus proyectos cesáreos, estaba a oscuras de los sucesos militares cuando Sucre triunfó en Ayacucho; veía próximo el fin de la guerra, porque eso no podía escapar a ninguno, pero ni su genio ni su acción inmediata le pusieron término. «Asegurada la independencia sud-americana en Ayacucho, su deber, su honor y su interés bien entendido aconsejaban a Bolívar dejar a los pueblos dueños de sus destinos; pero él, persiguiendo su sueño, se convirtió en conquistador y cons-

pirador reaccionario contra la independencia de la naciones redimidas.»

Atropellando los derechos territoriales de la República Argentina y del Perú, creó la República de Bolívar y le impuso una constitución que el senador colombiano Uribe calificó de «conjunto de todas las tiranías; un despotismo legal, oprobio y degradación de los pueblos; el peor ultraje que podía hacerse a la razón humana en un siglo de luces y de libertad».

Abusó del poder dictatorial que ejerció en el Perú, ora burlándose del país como quiso, ora siendo causa eficiente de actos vergonzosos «que solo el senado de Tiberio excedió en degradación».

Maquinó para invadir traidoramente la República Argentina, contando, por desgracia, con algunos personajes que no tuvieron a menos aliarse al ambicioso extranjero, con tal de dañar al gobierno patrio que hostilizaban. Y dejando odios latentes en todas partes, retornó a Colombia para derribar el edificio constitucional existente.

Pero al mismo tiempo que en su patria se levantaron contra él, todos los pueblos sacudieron su yugo, y, maldecido por ambicioso y usurpador en todas partes, terminó sus días con su gloria de libertador manchada, proscrito de la escena y con sus opiniones finales comprometidas en favor de la monarquía con un príncipe católico extranjero!

Al frente del cesarismo de Bolívar no salió a resistirle en el continente otro esfuerzo

que el argentino, bajo la nueva faz que dió a la Revolución el genio político de Rivadavia, «el fundador de un nuevo orden de cosas en los países americanos de la raza latina», segun el sabio historiador Gervinus. El organismo institucional fundado en Buenos Aires por aquel esclarecido repúblico «era el complemento de la revolución americana, para establecer gobiernos justos en pueblos libres» en vez de dictaduras militares como las de Bolívar.

«Esas instituciones estaban llamadas a ser las redentoras de la conciencia pública en la América en mayor extensión de lo que fueron de pueblos esclavos las armas de la hegemonía argentina, y triunfarían moralmente de las dictaduras, de las oligarquías y de los planes de organización artificial fundados en la fuerza y el personalismo, haciendo prevalecer definitivamente los principios constitutivos del programa redentor con que San Martín pasó los Andes y fundó las Repúblicas de Chile y del Perú.»

La política externa que se sostuvo fué armónica con el espíritu de las novedosas y sabias creaciones, tendiendo siempre a «salvaguardar los derechos argentinos y el predominio de los principios democráticos en la América del Sur. Encarando de hito en hito los problemas internacionales», no se retrocedió ni ante la guerra misma, viniera ella del Brasil por la ocupación de la Provincia Oriental, como después sucedió, o la trajera Bolívar en clase de enemigo

franco o disfrazado. De uno y otro origen partieron la resistencia que detuvo el paso conquistador del libertador colombiano y la fuerza moral que conmovió su obra depresora.

«El gobierno argentino reaccionó enérgicamente contra el plan absorbente de Bolívar y el proyecto quedó desautorizado.

La prensa liberal del Río de la Plata empezó a analizar simultáneamente las tendencias de aquella monocracia, y sus escritos repercutieron en América, encontrando eco hasta en la opinión de Bolivia, el Perú y Colombia. Chile, donde los principios argentinos habían cundido, fué la primera república que se unió a las Provincias Unidas.»

Detenido y moralmente vencido así, Bolívar volvió al primer teatro de sus hazañas libertadoras y tras él se derrumbó su edificio, quedando definitivamente triunfantes los principios de derecho público invariablemente sostenidos por la Revolución Argentina en los dos períodos que llevaba de existencia. De ese modo, fué la corriente emancipadora del sur la que con las armas, las instituciones y la política internacional realizó en el continente la obra más gloriosa, más completa y más duradera que la historia americana registra.

XX.

Ostracismo de San Martín y de Bolívar. — Paralelo entre los dos Libertadores. — San Martín es un modelo para la humanidad.

Cierra el general Mitre su notable obra con una rápida narración de la vida de San Martín en su retiro, y un estudio sintético y comparativo de los dos libertadores de Sud América.

«Los ostracismos de ambos participan del carácter de sus acciones en la vida contemporánea. El del uno (San Martín) es estóico. El del otro (Bolívar) es atormentado.» San Martín abandona la escena pública, su patria, la América, voluntariamente y tan pobre que su destino era morir en un hospital. Bolívar es despojado violentamente del mando por sus excesos: alienta en venganza y por ambición la anarquía, y recibe como nuevo castigo la exigencia de los pueblos de que se aleje perpetuamente de la patria para que ella tuviera paz; y «ni se conforma con el poder perdido ni se decide a abandonar las playas colombianas».

«La obra política de Bolívar en el orden nacional e internacional ha muerto con él; solo queda su teórica epopeya libertadora al través del continente por él independizado. La obra de San Martín le ha sobrevivi-

do, y la América del Sur se ha organizado según las previsiones de su genio, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.»

San Martín es el alma y el brazo de una hegemonía cuya acción militar y política llevó a cabo la libertad y constitución de pueblos obedeciendo a un plan de equilibrio continental que fuera en lo porvenir la garantía de la quietud y confraternidad americana. Bolívar es la encarnación de una tendencia diametralmente opuesta, contraria a las leyes históricas y hasta naturales y absolutamente reaccionaria contra el espíritu de la Revolución Americana; libertó pueblos de unos amos para someterlos a otros; destrozó el poder español para suplantarlo con el suyo; conquistó o absorbió territorios para la formación de un gran imperio monocrático, y por resultado obtuvo el desquicio de América.

«San Martín es el primer capitán del Nuevo Mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos a la estratégia moderna, con combinaciones originales a través de un vasto continente, marcando su itinerario con triunfos matemáticos.»

El general Mitre ha escusado decir que el libertador argentino es indisputablemente superior al colombiano, valiéndose de una fórmula que, si bien encierra en el fondo aquella afirmación, la evita en apariencia. «*San Martín*, dice, *es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrado que haya producido la Revolución*

Sud-Americana.» Nos quejamos de esta especie de timidez del historiador. Ha debido proclamar alto, bien alto, que la grandeza de San Martín es *única*, como es *única* la gloria argentina de los tiempos heróicos de América. Eso es lo que ha puesto en trasparencia en los tres voluminosos tomos de su obra, estudiando por vez primera todo el gran drama desarrollado en el continente sur.

Jamás nos ha deslumbrado el brillo de la personalidad de Bolívar, porque en el cuadro completo de su vida no hallamos unidad moral ni genial; después de leer la *Historia de San Martín* nuestro concepto respecto de él se ha robustecido. A pesar de su genio, a pesar de sus victorias, a pesar de su glorificación en vida y póstuma como libertador, Bolívar no es el tipo modelo que debe tener a la vista la América libre, ni el varón ilustre que pueda servir de ejemplo a la humanidad; es una gran personalidad que sirvió igualmente para el bien y para el mal de su patria y de sus semejantes, siendo tan esclarecida su acción en lo primero como despreciable lo fué en lo segundo.

No así San Martín. En todos los tiempos y en cualquier país su figura se impondrá como guerrero maestro, libertador puro, hombre de estado nobilísimo y magnánimo y patriota humilde y desinteresado hasta el sacrificio; siendo por el conjunto de estas especialísimas cualidades y por la perpetuación de su obra en la posteridad uno de esos ejemplares raros que la humanidad

produce y en los cuales tiene la misma una enseñanza perdurable.

La reivindicación de su gloria ha sido tardía, pero ya es completa. Iniciada por los historiadores chilenos (a quienes debemos por ello gratitud) en una época en que la vocinglería levantada en loor de Bolívar dominaba, ha ido avanzando con paso seguro hasta recibir de la obra del general Mitre su pedestal indestructible.

Y es precisamente por eso que echamos de menos en ella la declaración franca de la superioridad de San Martín sobre Bolívar, virtualmente comprendida en el juicio a que nos hemos referido y perfectamente demostrada por los hechos que forman la trama de la revolución americana estudiada por el general Mitre como nadie lo ha hecho hasta el día No es el reclamo de un egoismo de nacionalidad: pensamos más alto, y sabemos bien que nuestra patria no necesita de mistificaciones para tenerse por la primera de América del Sur en el pasado y en el presente; es el reclamo de la justicia que pide la proclamación de la verdad histórica con la valentía que la hicieron el chileno Vicuña Mackenna y el peruano Paz Soldán.

XXI.

En Chile. — En Mendoza. — Muere su esposa. — Parte a Europa. — En Bruselas. — Frente a Buenos Aires. — Regresa a Bruselas. — En París. — Grand-Bourg. — Boulogne-sur-mer. — Fallecimiento. — Funerales en Lima. — Primera estatua. — Su centenario. — Repatriación de sus restos. — Justicia póstuma.

El noble y austero libertador, permaneció breve tiempo en Chile, pasando a Mendoza donde se prometía días de paz, entregado a las tareas agrícolas; en estas disposiciones, supo el fallecimiento de su esposa, acaecido en Buenos Aires el 13 de Agosto, e inmediatamente partió hacia aquella ciudad, en cuyo cementerio de la Recoleta le erigio un mausoleo son la sencilla leyenda «*Aquí descansa Remedios Escalada, esposa y amiga del General San Martín*».

La heroica ciudad de Buenos Aires, cuna de la libertad de Sud-America lo recibió con indiferencia, solo un periódico anunció su llegada en términos encomiásticos que se perdieron en el vacío de un ambiente desafecto y hostil.

Arreglados sus asuntos, partió con su hija con rumbo a Europa, por donde viajó en busca de un país cuya baratura de la vida se adaptara a sus escasos recursos, más reducidos por la infidelidad de un amigo,

que depositario de una suma de dinero, la perdió en especulaciones de Bolsa.

Radicado en Bruselas, se dedicó a la educación de su hija, único consuelo en sus hondos sinsabores.

En 1828 se embarcó con destino a Buenos Aires, persiguiendo siempre su deseo favorito, de vivir en paz, dedicado al cultivo de su chacra de Mendoza. Al llegar al antepuerto, supo detalladamente los acontecimientos políticos que agitaban al país; fiel a sus principios, no desembarcó como era su proposito, evitando el verse envuelto en la contienda.

A la noticia de su llegada lo fueron a saludar varios amigos y compañeros de armas, entre ellos el ministro Díaz Vélez, quien a nombre de Lavalle le ofreció el mando de la provincia. San Martín hubiera sido un elemento inestimable en aquel pleito, sus prestigios y talentos lo indicaban como el único hombre capaz de tranquilizar al país, pero, si eso era cierto, no era menos verdad que se necesitaba una mano de hierro severa en el castigo y en la enmienda, y así como en el Perú y así como en Chile, rehusó erigirse en juez y castigar a hermanos y compañeros; en su naturaleza, de libertador no había lugar para el político de contiendas civiles.

Fustrado una vez más su caro deseo de vivir en la patria, ageno por completo a los asuntos públicos, se dirigió a Bruselas donde su situación mejoró gracias al señor Aguado, un antiguo compañero de armas

en España, a la sazón dueño de una gran fortuna. El Sr. Aguado, mejoró la situación económica de San Martín, poniéndolo a cubierto de la miseria a que se hubiera visto reducido sin su oportuna intervención, pues, los gobiernos de América, el Perú, y luego Chile, pagaban sus sueldos con mucha morosidad. En consecuencia de los mayores medios, y atendiendo a su salud, se trasladó a París, viviendo un corto tiempo en esta ciudad, cuyo movimiento activo lo disgustó un tanto, yéndose a radicar en la campaña a pocas leguas de la capital, en Grand Bourg.

El año 1832 casó su hija con el Sr. Mariano Balcarce, hijo del General Balcarce agregado a la Legación Argentina en París, y luego ministro.

La salud siempre precaria del Gran Capitán, le hizo dejar Grand Bourg por Boulogne-Sur-Mer, donde se instaló el año 1848, ocupando el segundo piso de una modesta casa, que, como su anterior residencia era el lugar de visita obligado de todo americano.

Viviendo de sus recuerdos, con escasos amigos como O'Higgins, y Miller con quienes mantenía correspondencia enterándose de los asuntos de América donde su nombre se había olvidado casi por completo, en un hogar sereno y feliz, alegrado por los juegos de una nieta, el ilustre anciano vió deslizarse sus últimos años placidamente.

En sus cartas se leen justas quejas a la ingratitud de América, ingratitud de

la que se consolaba con esa rara filosofía que le hacía remitir sus actos al juicio de la historia, en cuya justicia creía firmemente.

El 17 de Agosto, sin que nada lo hiciera temer, sufrió un síncope que sus hijos creyeron pasajero, pero agravado, a la hora dejó de existir, siendo las tres la tarde.

Al día siguiente sus restos fueron depositados en la iglesia Catedral, rezándose una misa de cuerpo presente.

La noticia del fallecimiento del Gran Capitán fué comunicada a las repúblicas de Sud-América, una sola de las cuales, el Perú mando decir un funeral honrando su memoria.

Aquí termina la historia de la vida del Gran Capitán, más, como su pensamiento triunfaba en *Junín* y *Ayacucho*, ausente él, su historia no termina aún, ni terminará mientras en América hayan hijos agradecidos. Lo que la agitada actualidad no pudo acordarle, se lo acuerda la posteridad justiciera.

El año 1862 la ciudad de Buenos Aires levantó los cargos de ingratitud, erigiéndole una estatua ecuestre en la Plaza de Marte. Luego, el Congreso dictó una ley acordando la repatriación de sus restos; la ley quedó sin cumplirse hasta el año 77 en que se nombró una comisión de ciudadanos que la realizara. Al año siguiente, el 25 de Febrero de 1878, el pueblo de la República celebró brillantemente el centenario de su nacimiento, asociándose a la demos-

tración las Repúblicas del Perú, Chile, y el Uruguay.

Activados los trabajos de la comisión encargada de repatriar sus restos, llegaron éstos en el transporte de guerra *Villarino*, siendo desembarcados en Montevideo donde se les tributaron grandes honras.

Reembarcados, llegaron a Buenos Aires el 28 de Mayo de 1880, y el pueblo que le debía los bienes de la libertad, honró solemnemente aquel momento en el que se cumplía el deseo póstumo del Gran Capitán, y el anhelo de todos los argentinos.

Luego de las exequias, sus restos fueron depositados en el mausoleo de la iglesia Catedral.

La apoteosis de San Martín comenzó el año 62, cuando la inauguración de su estatua en Buenos Aires, y luego, en cortos intervalos, ha seguido por la Argentina, por América y por Europa, y no terminará repito, mientras hayan hijos agradecidos que eleven el recuerdo a la categoría de religión.

¡Los pueblos no son ingratos! — Los pueblos, más que los niños, necesitan perder el objeto, para apreciarlo en su verdadero valor. Luego, la historia de todos los tiempos nos cita casos de ingratitud no siempre reparados, y es que, aquella mala condición inherente a la humanidad, no se violenta y modifica, si el héroe que reclama justicia no tiene tales méritos que la merezca.

El gran Capitán, el más gran hombre del

nuevo mundo, vivió treinta años en el olvido y el silencio; mas, en compensación justa, vivirá por los siglos de los siglos en el altar de América, y en cada pueblo tendrá una estatua, como en cada americano tiene un recuerdo.

CUADRO CRONOLÓGICO

1770. — Contrae enlace Don Juan de San Martín con Doña Gregoria Matorras, 1.° de Octubre.
1778. — Nace en Yapeyú Don José de San Martín, 25 de Febrero.
1784. — Ingresa en un colegio de Buenos Aires.
1786. — Parte a España — Ingresa en el *Seminario de Nobles*, de Madrid.
1789. — Egresa del *Seminario*. — Sienta plaza de cadete en el regimiento de *Murcia*.
1791. — Presta servicios de guarnición en Oran.
1793. — Pasa de cadete al ejército de Aragón. — Luego al del Rosellón. — Toma parte en las batallas de Masdeu y Truilles, combates de Torre Batera, Creu del Ferro, San Marsal, Villalonga, Hermita de San Lluc, Bayuls del Mar. — Es ascendido a subteniente; luego a teniente segundo.
1796. — Muere en Málaga Don Juan de San Martín.
1797. — Combate naval «14 de Febrero». — Nace en Buenos Aires María de los Remedios Carmen Rafaela Feliciana de Escalada, 20 de Noviembre.
1798. — Combate naval de la fragata *Santa Dorotea* con el navío inglés *León*.
1799. — Pasa a Cádiz de ayudante del gobernador militar, general Don Francisco María Solano.
1801. — Guerra de *Las Naranjas*, a la que fué de ayudante del general Solano.
1802. — Paz de Amiens. — Bloqueo de Gibraltar y Ceuta.

1804. — Capitán segundo de infantería ligera de *Voluntarios de Campo Mayor.*

1807. — Tratado de Fontainebleau y campaña contra Portugal.

1808. — Siendo ayudante en Cádiz del General Solano, es muerto éste y San Martín consigue salvar. Ayudante primero de *Voluntarios de Campo Mayor.* Acción de Arjonilla. Batalla de Bailén. — Es ascendido a Teniente Coronel. — Batalla de Tudela.

1809. — Pasa al regimiento de Borbón.

1810. — Ayudante de campo del Marqués de Compigni.

1811. — Batalla de Albuera. — Comandante de los *Dragones de Numancia.* Deja el ejército español, y pasa a Londres a fines de año.

1812. — Zarpa de Inglaterra a bordo de la fragata *Jorge Canning,* Enero. — Llega a Buenos Aires, 19 de Marzo. — Encargado de la creación de los Granaderos a caballo nombrándosele Teniente Coronel. — Se establece la *Logia de Láutaro.* — Revolución de Octubre. — Contrae enlace con Doña María de los Remedios Escalada, 12 de Noviembre.

1813. — Batalla de San Lorenzo, 3 de Febrero. — Muere en Orense Doña Gregoria Matorras de San Martín.

1814. — Es nombrado para reemplazar a Belgrano en el Ejército del Norte, 18 deEnero. — Encuentro en Yatasto. — Reorganiza el Ejército del Norte. — Plan de defensa a Güemes.— Deja el mando del Ejército del Norte por enfermedad. — Intendente de Cuyo, 10 de Agosto. — Represión a los soldados de Carrera, 30 de Octubre. — Formación del Ejército de los Andes.— Relaciones con Chile.—Expone confidencialmente al gobierno la idea del Paso de los Andes, Marzo. — En Huasco conversa en ese sentido con las autoridades chilenas, Noviembre.

1815. — Es nombrado Director Supremo el General Don Carlos María de Alvear. — Alvear nombra Intendente de Cuyo al Coronel Perdriel. — Mendoza resiste el nombramiento. Y

sostiene a San Martín. — Cae Alvear, 15 de Abril. — Director Pueyrredón. — Somete al gobierno un plan de campaña.—El 1.° de Junio da la última palabra sobre El Paso de los Andes. — En Setiembre insiste, y en Diciembre envía un emisario al Director para que amplie detalles. — A fines del año el Ejército de los Andes cuenta con la mayor parte de sus fuerzas. — Brindis famoso.

1816. — Guerra de zapa — Se reune el Congreso de Tucumán. — Declaración de la independencia, 9 de Julio. — Entrevista de San Martín con Pueyrredón, 15 de Julio. — A mediados de año el Ejército toma el nombre de los Andes.— Capitán General de la Provincia.

1817. — Los libertos de Cuyo refuerzan el Ejército de los Andes. — Se jura la bandera en el Ejército de los Andes, 5 de Enero.—El Ejército emprende el Paso de los Andes desde el 12 hasta el 25 de Enero. — Encuentros de Pincheuta, Potrerillos, Achupallas, Las Coimas y Santa Rosa. — Batalla de Chacabuco, 12 de Febrero. — Entrada a Santiago. — Buenos Aires celebra la victoria de Chacabuco, 26 de Febrero. — Campaña del Sur. — Acciones de Curapaligüe y Gavilán. — Talcahuano. — Director O'Higgins.— San Martín parte a Buenos Aires con su ayudante O'Brien. — Los 10.000 pesos que el gobierno de Chile le acuerda para gastos de viaje, los dona para la fundación de una biblioteca. — Fiestas en Buenos Aires en honor de San Martín. — Regresa a Chile. — Alianza argentino-chilena.— Declaración de la independencia de Chile.

1818. — Cancha-Rayada, 19 de Marzo. — Batalla de Maypú, 5 de Abril. — Campañas navales del Pacífico.

1819. — Repaso de los Andes. — Desobediencia. — Acta de Rancagua.

1820. — Expedición al Perú, zarpa el 20 de Agosto. — Desembarco en Pisco. — Primera Campaña de la Sierra por Arenales. — Reembarco en Pisco. — Desembarque en Huacho. — Negociaciones de Miraflores. — Combate de

Casa-Blanca. — Revolución de Guayaquil. — Pronunciamientos de Trujillo y Piura.

1821. — Campamento en Huaura. — Segunda Campaña de la Sierra por Arenales. — Expedición de Miller al Sur. — Negociaciones y armisticio de Punchauca. — Entrevista de San Martín y La Serna. — Entrada a Lima, 10 de Julio. — Declaración de la independencia del Perú. — Protector. — Orden del sol. — Entrega del Callao.

1822. — Batallas de Río-Bamba y Pichincha. — Entrevista de Guayaquil, 25 y 26 de Julio. — Instalación del primer Congreso del Perú, 20 de Setiembre. — Renuncia del Protectorado.— Se aleja del Perú la noche del 20 de Setiembre. — En Chile.

1823. — En Mendoza. — Muere en Buenos Aires Doña María de los Remedios Escalada de San Martín, 3 de Agosto. — En Buenos Aires. — Parte a Europa.

1824. — Viaja por Escocia. — Bruselas, donde se radica.

1827. — Londres. — Amberes.

1828. — Lille. — Tolon. — Marsella. — París. Bruselas. — Falmouth. — Ostende.— Bruselas.

1829. — Llega frente a Buenos Aires, 12 de Febrero. — Regresa a Bruselas. — Londres. — Ostende.

1830. — Se instala en París.

1832. — Se casa su hija con Don Mariano Balcarce.

1848 .— Deja su casa de Grand Bourg, y se establece en Boulogne-sur-Mer.

1850. — Fallece en Boulogne-sur-Mer el 17 de Agosto a las tres de la tarde. — Inhumación de sus restos en la Catedral de dicha ciudad 20 de Agosto. — Se oficia un solemne funeral en la Catedral de Lima por el General San Martín, 19 de Noviembre.

1862. — Se inaugura la estatua ecuestre de San Martín en la Plaza de Marte (Hoy de San Martín).

1864. — El Congreso Argentino dicta una ley

autorizando al gobierno a repatriar los restos de San Martín.

1877. — Se nombra una comisión para repatriar los restos.

1878. — Fiestas en la Argentina, Uruguay y Chile conmemorando el centenario de su nacimiento.

1880. — Se embarcan sus restos en el Havre, 21 de Abril. — Se desembarcan en Montevideo, en cuya Catedral se oficia un funeral, reembarcándose luego, 21 de Mayo. — Se desembarcan solemnemente en Buenos Aires, 28 de Mayo.— Funerales en la Catedral, 29 de Mayo.

1883. — En el Rosario se inaugura un monumento a la libertad, en cuyo frente se eleva una estatua a San Martín, 9 de Julio.

1889. — En San Lorenzo se inaugura una estatua al libertador, 30 de Agosto.

1890. — En Lima se coloca la piedra fundamental del monumento a San Martín.

1899. — En Yapeyú se le erige un momento, 12 de Octubre.

1901. — Se le erige un monumento en el Callao, 30 de Julio.

1902. — Se le erige una estatua en Santa Fe, 30 de Octubre.

1903. — En el sepulcro de San Martín se colocan los bustos de Guido y las Heras.

1904. — Se le erige una estatua en Mendoza, 5 de Junio.

1906. — Se le erige un monumento en Lima, 28 de Julio.

ÍNDICE

Páginas

I. Nacimiento. — Familia. — Carrera militar en Europa. — Situación de la revolución argentina cuando San Martín se incorporó a ella. — La Logia de Láutaro. — Los Granaderos a caballo. — Innovaciones militares de San Martín. — Jefe del Ejército del Perú. — Su genio militar. — La táctica moderna y la guerra de los gauchos. — El *secreto* del Gran Capitán. — Retrato moral 1

II. San Martín intendente de Cuyo. — Pérdida de Chile y desastre de Sipe-Sipe. — Confraternidad argentino-chilena. — Estado crítico de la revolución. — San Martín hace público su secreto. — Orígenes del «Ejército de los Andes». — Contrariedades que sufre y vence San Martín. — El Congreso de Tucumán. — Revelación del plan de la campaña continental. — Idea del paso de los Andes. — Cuadros del futuro ejército chileno. — La «guerra de zapa». — Patriotismo chileno 11

III. Composición del «Ejército de los Andes». — Creaciones de San Martín. — Plan de la campaña sobre Chile. — El ejército independiente atraviesa los Andes. — Superioridad de esta operación sobre las de Aníbal, Bonaparte y Bolívar 21

IV. Batalla de *Chacabuco*. — Supuesta gloria de O'Higgins. — Restauración de la República Chilena. — Magnanimidad argentina. — Injusticia de algunos escritores chilenos. — O'Higgins. — Alianza argentino-chilena. — Expedición sobre Lima. 33

V. Orígenes de la escuadra chilena. — El *Ejército Unido*. — Primera campaña al sur de Chile. — Invasión realista. — Cancha rayada. — Entereza de San Martín. — Batalla de *Maypú*. — La *Historia de San Martín* y *El Consulado y el Imperio*.... 39

VI. Obstáculos interiores contra la alianza argentino-chilena. — Los Carrera. — Inmolaciones necesarias. — Pureza de San Martín 45
VII. Dificultades para llevar a cabo la expedición a Lima. — Compromisos de los gobiernos aliados. — La Argentina cumple los suyos. — Criterio egoista e inexactitudes del escritor Gonzalo Bulnes. — El gobierno chileno fluctúa para la espedición a Lima. — San Martín idea y efectúa el repaso de los Andes para obligar a Chile a la empresa de libertar al Perú. — Explicación de un enigma histórico. — La habilidad y firmeza de San Martín le hacen triunfar. — La espedición a Lima es gloria exclusiva de San Martín 49
VIII. La anarquía argentina del año XIX. — La titulada desobediencia de San Martín fué la salvación de América 57
IX. El *Acta de Rancagua*. — Refutación del juicio emitido por el general Mitre y el señor Bulnes sobre aquel acto. — Importancia política del *Acta de Rancagua* 63
X. Campañas marítimas de Chile. — Comparación de las obras de Mitre y Gonzalo Bulnes. — Los independientes dueños del Pacífico. — Situación militar, política y social del Perú. — Trabajos de San Martín en el Perú antes de la expedición libertadora 69
XI. Composición del «Ejército Libertador del Perú». — La gloria argentina desnaturalizada. — Injusticias e inexactitudes del historiador Bulnes. — El «Ejército de los Andes» y Chile. — Remonta de los cuerpos argentinos. — Gloria de la alianza argentino-chilena 73
XII. Expedición libertadora al Perú. — Plan de campaña de San Martín. — Desembarco en Pisco. — Conferencia de Miraflores. — Primeros triunfos de los libertadores. — Primera campaña de Arenales

por la sierra. — Reembarco del ejército y desembarque en Huacho. — Revolución de Guayaquil. — Toma de la «Esmeralda». — Pronunciamiento de Trujillo. — Batalla de Pasco. — Principio de la campaña sobre Lima. 83

XIII. La peste hace estragos en el campamento libertador. — Apurada situación de Lima. — Atrevido plan de San Martín para imponer al enemigo. — Segunda campaña de Arenales por la sierra. — Campaña de Miller a Intermedios. — El virrey Laserna entabla negociaciones.— Conferencias de Punchauca. — Trabajos de avenimiento hechos por la España en América. — Famosa proposición monarquista de San Martín. — Su verdadero alcance político. — San Martín republicano.—Injusticia con que ha sido juzgado.—La lógica del libertador del Sur.— Fracaso de la negociación de Punchauca 93

XIV. Ocupación de Lima por el Ejército Libertador. — El país no responde a la empresa de su regeneración. — Inacción forzosa de San Martín. — Miller y Arenales 107

XV. Proclamación de la independencia del Perú. — San Martín «Protector del Perú» — Su situación excepcional. — La Revolución Colombiana 111

XVI. El «Protector del Perú» y el Libertador — Programa revolucionario-conservador del Protector. — El gobierno democrático y las condiciones sociales y políticas del Perú. — Proyecto monarquista de San Martín. — Su explicación racional.— San Martín y Bolívar como republicanos . . 115

XVII. San Martín encarna la política esterna de la revolución argentina. — Grandes principios de ésta. — Protección que San Martín prestó a Bolívar para la terminación de la guerra de Colombia. — *Pichincha* gloria común de los libertadores del

sur y del norte. — Egoista conducta de Bolívar. — Conflicto que promueve a San Martín. — Carácter absorvente de la hegemonia colombiana. — Esfuerzos generosos de San Martín para terminar la guerra de la independencia. — Conferencia de Guayaquil. — Los dos colosos. — El misterio histórico. — Triunfo de la ambición de Bolívar. — La grandeza de San Martín 125

XVIII. Trastornos internos del Perú. — Reorganización del ejército argentino-chileno-peruano.—Plan de campaña de San Martín para batir a los realistas. — Convocación del Congreso del Perú. — Renuncia San Martín el mando supremo. — Honores que le tributan. — Su retiro del Perú. — Causas de esa determinación y juicio histórico a su respecto..... 133

XIX. Expedición a Puertos Intermedios.— La anarquía del Perú.—Dictadura de Bolívar. — La acción de San Martín sigue acompañando la lucha emancipadora. — Cesarismo de Bolívar.– Males que hizo a la América republicana. — Resistencia que la nueva hegemonía argentina opuso a los proyectos de Bolívar. — Junín y Ayacucho fueron resultados de la campaña continental de San Martín. — Gloria exclusiva de la Revolución Argentina 143

XX. Ostracismo de San Martín y de Bolívar. — Paralelo entre los dos libertadores — San Martín es un modelo para la humanidad 151

XXI. En Chile. — En Mendoza.—Muere su esposa. — Parte a Europa. — En Bruselas.—Frente a Buenos Aires.—Regreso a Bruselas.— En París.— Grand Bourg. — Boulogne-sur-Mer. — Fallecimiento. — Funerales en Lima — Primera estatua.— Su centenario.—Repatriación de sus restos.— Justicia póstuma..... 155

XXII. — Cuadro Cronológico. 161

LIBRARY
MAY
17
1977
UNIVERSITY OF TORONTO

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

"LIBRERÍA DEL COLEGIO"

:: Alsina y Bolívar - Buenos Aires ::

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 30 11 03 007 0